

PINOCHO

BIBLIOTECA MUNICIPAL

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: San Sebastián. :: Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
Año I.—NÚMERO 35
18. Octubre 1925



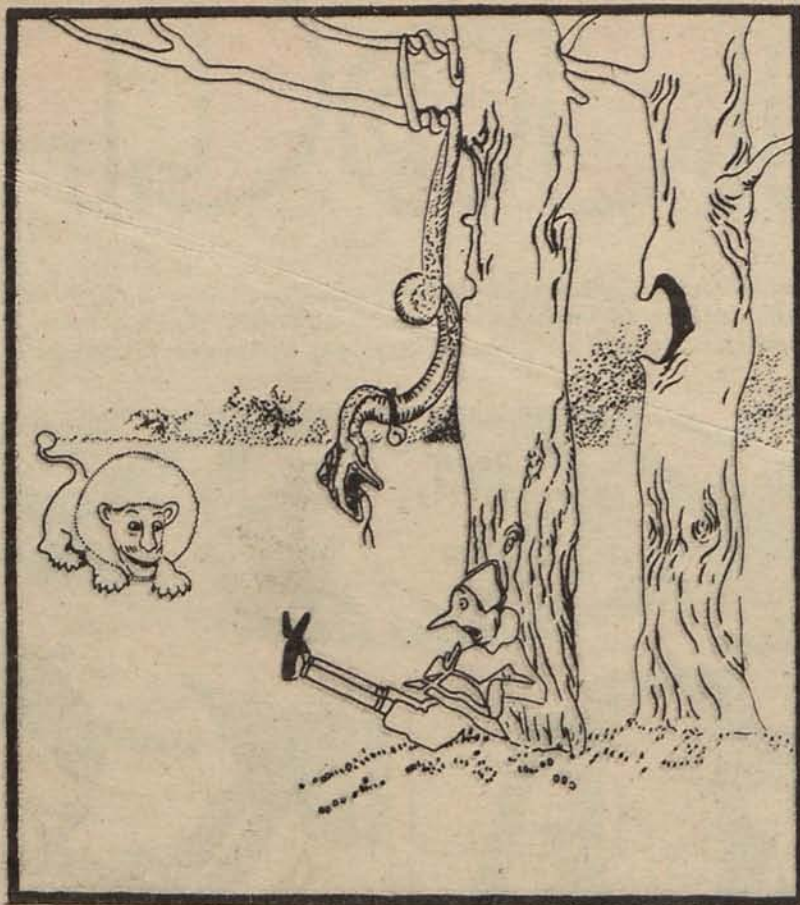
EL PINOCHO DE HOY LECTOR
ES PRESTIDIGITADOR.

HACE UN JUEGO SORPRENDENTE
CON UN CUBO SOLAMENTE.

METE EN EL, CON PRECAUCIÓN
CABALLITOS DE CARTÓN.

¡EL JUEGO ESTÁ TERMINADO!
SACA UN AUTO COLORADO
Y LOS CABALLOS, LECTOR:
VAN TODOS EN EL MOTOR.

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO.

CURIOSIDADES

Los perros en la guerra europea.

Todos sabemos que el perro es el animal más fiel al hombre. Además de esta cualidad, el perro es para las personas, por su inteligencia, de suma utilidad.

En las regiones en donde el tránsito rodado es imposible debido a las nieves, los perros arrastran trineos. En Suiza, los famosos perros de San Bernardo son el auxilio de los caminantes extraviados en el campo.

En la caza, en funciones policíacas, en la guarda de fincas, ganado, etc., etc., el perro es, más que nuestro amigo, nuestro compañero, nuestro colaborador infatigable.

Durante la gran guerra los aliados utilizaron 14.000 canes para desempeñar diferentes servicios, como fueron el auxilio a los centinelas o el acompañamiento de las patrullas exploradoras.

Estas bestias prestaron inmejorables servicios. Sobre sus lomos transportaron municiones para abastecer puestos avanzados; durante la noche vigilaban, oído avizor; durante el día, en un rincón de la trinchera, reposaban, o marchaban a cumplir con la mayor obediencia y disciplina una misión difícil y arriesgada.

Una vez que terminó la contienda mundial, estos perros fueron devueltos a la vida civil, y reanudaron sus burguesas faenas y costumbres; y entre gruñidos relatarán hoy a sus cachorros sus proezas como buenos milicianos.

Algunos, los que perdieron a sus amos en el combate, permanecen aún en los regimientos, como veteranos. En Lille, más de 300 perros reparten diariamente como unos 20.000 kilos de correspondencia.

¡El perro es el animal más simpático, el más amigo del hombre! Hay perros que han muerto de pena días después de haber fallecido sus amos. Otros perecieron al advertir a sus dueños de un peligro que amenazaba a éstos.

Los pájaros que se ríen.

Por el sonido que emiten los pájaros reciben sobrenombres, que pronto se popularizan. El pavo real, que así se llama por su empaque majestuoso, ha merecido, por su canto lúgubre y melancólico, el nombre de «pájaro de la muerte».

El cuervo, por su graznido y sus instintos carnívoros, mereció el nombre de «pájaro de los muertos».

Podríamos multiplicar hasta el infinito estos ejemplos, pero vamos a referirnos tan sólo a un pájaro curiosísimo, que vive en las selvas de Australia.

Este ave recibe los nombres de «l'oiseau-rieur», en francés; «the laughing-jackass», en inglés, y «pájaro reidor», en español.

Los que han observado a este animalito aseguran que, en determinados momentos, rie, marcándose en su rostro los surcos característicos de la risa humana, y al abrir su pico deja oír una tan estridente carcajada, que, de no verle, se podría asegurar proviene de un ser humano, de lo más regocijado y jocoso.

Este pájaro huye de las personas, y sólo cuando éstas hablan permanece quieto, como escuchando.

Y ahora preguntamos nosotros: ¿será esta manía, la de escuchar, la explicación de su sonrisa?

El salvamento en los incendios, simplificado.

Un compatriota nuestro visitaba Nueva York, la gran ciudad de los rascacielos, y comenzó a hacer ante uno de esos gigantescos edificios algunas consideraciones.

Un neoyorquino que le acompañaba iba explicándole todo y esclareciendo todas sus dudas.

—Diga usted —inquirió el español—. Y en caso de incendio en la planta baja, ¿cómo se salva a los vecinos del piso 34?

No había terminado de decir estas palabras, cuando se oyeron voces dentro del edificio titán. Se abrió la puerta de una tienda y del interior salió una densa humareda. Se había declarado un incendio.

El norteamericano, flemático y sonriente, declaró:

—Ahora lo va usted a ver.

No habrían transcurrido tres minutos, cuando ante el lugar del siniestro se situaba uno de los parques del servicio de extinción de incendios de Nueva York.

De entre todos los aparatos se destacó un enorme camión, en cuya plataforma aparecía una escalera plegada, que pronto comenzó a levantarse sobre la fachada del edificio siniestrado.

Los vecinos salían al balcón demandando auxilio, y pronto comenzó a elevarse una barquilla que, como la vagoneta de una grúa, subía suspendida por un cable, que se arrollaba a un gran rodillo movido por el motor del camión.

La grúa comenzó a funcionar con rapidez, y todos los vecinos quedaron a salvo en la calle.

A los pocos minutos se extinguía el fuego, y el norteamericano terminó diciendo a nuestro asombrado compatriota:

—He aquí el moderno salvamento en los incendios. Los procedimientos se simplifican a medida de las circunstancias.

Las cabras y los incendios en las selvas.

Si estragos produce en la ciudad un incendio teniendo servicio de extinción rápidamente disponible y agua en abundancia, calcúlese cómo será el fuego de devastador en una selva llena de vegetación, sin medios para extinguirle o contenerle.

Al llegar los meses de verano, en los cuales la fuerza del sol secó la vegetación, es corriente leer en los periódicos, secciones en que se recogen noticias de siniestros de este género acaecidos en diferentes partes del mundo.

Vastas regiones forestales desaparecen; se pierden inmensas riquezas arbóreas; bosques umbríos, de árboles corpulentos, quedan convertidos por el fuego en desoladas llanuras. ¡Cuántas industrias de la madera se han arruinado por esta causal! ¡Cuántas sólidas fortunas se han disipado por estos siniestros!

La colilla de un cigarro tirada por un caminante distraído, la chispa que se desprende de una locomotora, restos de la lumbre de unos pastores; cualquiera de estas causas puede provocar una espantosa catástrofe.

El viento se encarga de propagar el fuego, que prende de unos en otros árboles y adquiere a las pocas horas caracteres verdaderamente horribles. Los pequeños pueblos quedan bloqueados por las llamas, y las casas de los leñadores o guardabosques desaparecen con sus habitantes, si éstos no se apercibieron a tiempo del peligro.

No se cuenta con medios de extinción, y es necesario esperar que el fuego termine por falta de materia combustible.

Pero en América se ha puesto en práctica un procedimiento tan ingenioso como práctico.

—De todos es conocida la voracidad devastadora del ganado cabrío. La cabra come toda clase de planta, y no es difícil verla, graciosamente empujada, para llegar a las ramas de algunos árboles de copa baja, como la oliva, por ejemplo. Pues bien: para prevenirnos contra el fuego, atan a varias cabras en línea recta, y de paso que pastan marcan calles, que dejan tan despobladas de vegetación, que, en caso de incendio, ésta sería una barrera que las llamas, por falta de combustible, no podrían traspasar. Poco a poco se van marcando cuadros y parcelas, y cuando se produce un incendio, sólo desaparece una de ellas.

Los árboles enclavados en estas franjas no tardan en secarse, después de haber sufrido los voraces ataques de las cabras, y el hacho del leñador termina la labor devastadora.

Así es como, en las selvas, América se defiende del fuego.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARI

(Continuación.)

De los secuaces de Halifax, tres yacían muertos y otros cinco o seis estaban heridos más o menos gravemente; con todo, la resistencia, a favor de la barricada que los protegía, era obstinada y duraba más que lo que hubieran podido prever los del castillo.

—Es necesario destruirlos antes de que lleguen los refuerzos —dijo Sir William al marqués de Clairmont.

—Bastará un vigoroso esfuerzo por nuestra parte —repuso el anciano gentilhomme.

—El caso es que se encuentran bien a cubierto.

—¿Asaltamos la barricada?

—¡Ah, si tuviese...!

—¿Qué?

—Uno o dos de los cañones ligeros que monta mi corbeta...

—¡Buena idea!

—Sí, pero difícil de llevar a cabo.

—Yo tengo dos culebrinas.

—¡Debíais habérmelo dicho en seguida!

—No había pensado en ello, Sir.

—¡Pronto! Mandad por ellas y emplacémoslas contra esos señores.

¡Por San Patrick, nos vamos a reír, señores ingleses!...

—Encargaos de hacer frente al enemigo. Voy yo mismo.

—¡Id con Dios, barón.

El caballero francés alejóse ligero, llevando tras sí a Ulric, que era muy vigoroso, y a algunos algonquinos, y los condujo al depósito secreto donde el barón tenía ocultas las armas y municiones. El hessiano vió algunos fardos de fusiles y pistolas, trofeos de espadas, y en un rincón dos cañoncitos y dos culebrinas.

—¿Estar aquellas culebrinas? —preguntó.

—Sí —repuso el noble anciano.

—Muy bien, yo llevaré una teprisa.

Y uniendo la acción a la palabra, aproximóse al pequeño monstruo de bronce y cargóse a la espalda con la facilidad con que hubiera manejado un fusil.

—Yo iré —dijo después.

—¿Sabéis el camino?

—¡Oh, ya... aprendito!

—¡Idos, pues.

—Munisiones.

—¡Ah, es verdad!... Vosotros dos, algonquinos, coged balas y pólvora y seguid a ese hombre.

Ulric emprendió el regreso a paso de carga; los dos indios corrieron tras él. Mientras tanto, el barón, con otros tres criados, se ocupó de la segunda culebrina; antes de salir, acercóse a una puertecilla cerrada, y con una llave que colgaba de su cinto la abrió y lanzó al interior una mirada indagadora.

—Todo está a punto —murmuró—. Si una desgracia irreparable debiese herirnos y obligarnos a tal extremo..., no he de vacilar. Esperemos aún... Acaso Cabeza de Piedra llegue a tiempo con sus mandados... Además, ¿no me ha dicho Enrique que los algonquinos, siempre fieles a Francia, o más bien a mi mujer y a nuestra familia, al saber que los ingleses luchan en el Champlain, se han puesto en el sendero de la guerra y dispónense a venir aquí, para combatir a los iroqueses y demás aliados de Inglaterra? Así, pues, ahora sólo importa librarnos de tan molestos huéspedes para impedir que puedan abrir la puerta a los refuerzos que aguardan, y el Cielo, que siempre ayuda las buenas causas, nos la prestará también esta vez.

De este modo, monologando entre dientes, el barón volvió a juntar las hojas de la puertecilla, sin cerrarla con llave.

—¿Estáis ya? —preguntó después a los algonquinos.

—Sí, patrón —contestaron éstos.

En efecto, dos de ellos habían cargado con la culebrina, y el tercero llevaba municiones. El señor de Clairmont tomó a su vez proyectiles y pólvora y ordenó:

—En marcha, pronto.

No habían acabado de salir del depósito, cuando un estampido de artillería hizo retemblar el castillo.

—¡Oh, oh!... —exclamó sonriendo el barón—. Esta es la culebrina de nuestro hessiano, que comienza a hacer de las suyas... ¡Qué buen muchacho es ese Ulric!... Hace su parte con la velocidad del rayo y la exactitud de un matemático.

Gritos horribles sucedieron al estampido del pequeño cañón;

eran alaridos de dolor y de rabia, órdenes, imprecaciones, amenazas.

—¡Adelante, adelante!... —gritó el señor de Clairmont apretando el paso—. Sin duda el juguete ha hecho su efecto, y los ingleses habrán de decidirse por la rendición o se harán exterminar, sobre todo cuando entre en funciones el que nosotros...

De repente se detuvo, estremeciéndose.

—¡Diabli! ¿qué sucede ahora? —murmuró al escuchar nuevos gritos, pero esta vez de júbilo, y a continuación una voz ruda, que no reconoció entre las que antes oyera, exclamar en inglés:

—¡Finalmente...!

Un pensamiento trémendo le hizo palidecer, a despecho de todo su valor.

—¿Serán ya los refuerzos ingleses?... ¡No, no; imposible!... El cielo no puede permitir tal desventura... Quizás fué Sir William Mac-Lellan quien así habló en su lengua, con acento que yo no he reconocido por la excitación... ¡Sí, eso debe ser!... Ha dicho «finalmente» al contemplar los efectos de la culebrina.

Apenas se hubo formulado este pensamiento lleno de esperanza, cuando vió venir corriendo hacia él a Petifoque, vendándose la mano izquierda con un pañuelo blanco.

—¿Vos?... —le gritó—. ¿Me buscáis acaso?

—Sí, señor barón —respondió el gaviero.

—¿Necesitáis la otra pieza de artillería?

—Me temo que ya sea tarde.

—¿Cómo!...

—Así es.

—¿Pero qué ha sucedido, qué pasa?

—Un hecho gravísimo.

—Explicáos, joven.

—Los ingleses de lord Halifax...

—Acabad...

—Han recibido los refuerzos que esperaban.

—¡Maldición!...

—No había amenazado sin causa el marqués.

—Entonces...

—El castillo está rodeado por fusileros ingleses; Davis, a quien Belcebú estrangule y arrastre consigo al infierno, les ha abierto la puerta, y muchos de ellos están entrando, bien armados y sedientos de batalla y de botín.

—¿Y Sir William?...

—Ha decidido entregarse a discreción, siempre que vos y vuestra familia quedéis a salvo.

—¡Hombre valeroso y noble!... Yo no permitiré jamás ese sacrificio. Nos salvaremos o moriremos juntos.

—¡Así hablan los caballeros y los franceses auténticos!

—¿Estáis herido, Petifoque?

—¡Bah! un rasguño; no os preocupéis, señor barón. Pensemos en el remedio.

—Eso es.

—Acabáis de decir «nos salvaremos»...

—Justamente.

—Luego el remedio existe.

—Tal vez.

—¿Cuál?

—Una fuga.

—Muy duro es eso...

—Y yo os lo propongo temblando de coraje...

—Os comprendo.

—Pero es necesario salvar a *milady* Wentworth.

—La baronesa, ante todo; luego la señorita Diana y la pobre Liseta... ¿Qué hay que hacer?

—Acudid junto a Sir William, y ordenadle de mi parte que se bata en retirada hacia este lado, cerrando tras de sí todas las puertas para estorbar la persecución enemiga.

—Corro, pues.

—Voy a traer aquí a las señoras. Apresuráos, Petifoque.

Fuese el joven gaviero a comunicar la orden recibida, mientras el barón de Clairmont subía a la habitación en que se encontraban su esposa, su hija, la rubia Mary de Wentworth y Liseta, esperando temblorosas el final de los sucesos.

Los informes de Petifoque correspondían exactamente a la ver-

dad. Los refuerzos esperados por el marqués de Halifax habían llegado y se disponían a adueñarse del castillo.

Al oír la orden de retirada que el joven gaviero le transmitía, Sir William, preparado ya a efectuar su propósito de entregarse inermemente a la sed de venganza de su hermano, hizo un signo afirmativo y miró en torno suyo. A su espalda, de par en par, había una puerta; junto a sí estaban los dos hijos del barón, los dos hessianos y los criados algonquinos, que, apostados tras de los muebles, derribados para formar una barricada opuesta a la que amparaba a los ingleses, cargaban mosquetes, arcabuces y pistolas, y esperaban a cada momento un enemigo que no se atrevía a mostrarse. La culebrina, después de soltar la primera descarga, que sin duda había sido fatal para los ingleses, esperaba ser cargada de nuevo.

El corsario volvióse a Enrique de Clairmont.

—Vuestro padre —dijo—, me ordena batirme en retirada; él manda aquí, y yo soy el primero que le debo obediencia.

—Creo adivinar su designio... Dejádme hacer, Sir.

—Como queráis.

Enrique de Clairmont levantóse, alzando las manos desarmadas y gritando:

—Cesad el fuego; nos rendimos, señor marqués de Halifax.

—¡Ah!, veo que os sentís al fin razonables —repuso burlonamente el lord—. ¡Soldados, abajo los fusiles!... Los corderillos disfrazados de leones se deciden a recobrar su verdadero ser.

Sir William dejó escapar un rugido de rabia; pero una mirada de Enrique, acompañada de una sonrisa enigmática, le calmó.

—Retírense los demás por la puerta abierta, mientras simulamos rendirnos —susurró el joven Clairmont—. Cuando yo diga «fuera», imitadme y seguidme, Sir.

—No temáis.

A la orden del joven barón, los otros se refugiaron rápidamente más allá de la puerta, envueltos en tinieblas.

Los ingleses, cada vez en mayor número, se abrían paso a través de la barricada, incitados por el marqués de Halifax, que les decía:

—Apoderaos de los hombres; no hagáis destrozos en los objetos del castillo, que nos repartiremos como botín de guerra; respetad a las mujeres... En cuanto a ti, maestro Davis, te confío el descubrimiento de Mary Wentworth, a quien conducirás a mi presencia.

El corsario, al oír estas palabras, apretó furiosamente los puños.

—¡Mary en poder de ese hombre!... —masculló—. Preferiría verla muerta a mis pies.

—No he perdido aún la esperanza de que todos nos salvemos —dijo Enrique.

—¿Es tiempo ya?

—Sí; los ingleses, al vernos solos, nos creen ya en su poder... ¡Fuera!

Al lanzar este grito, el hijo mayor de Clairmont abalanzóse de un salto a la puerta abierta por la cual salieron los otros. Mac Lellan le siguió. Una vez atravesado el umbral, volvió a juntar las hojas, diciendo:

—Apoyaos con todas vuestras fuerzas, Sir William, mientras echo el cerrojo.

—Ya está.

—Bueno, ahora ya disponemos de algunos minutos para preparar la fuga. El castillo, ¡ay!, se ha perdido, pero al menos las personas están en salvo.

—¡Por San Patrick!... —gimió el corsario—, yo soy causa de vuestra desventura!

—¡Oh, Sir, esperábamos esta desagradable sorpresa de los soldados de Burgoyne apenas supimos que las fuerzas inglesas se concentraban en el Canadá, y, sobre todo, por la región del Champlain! Aun sin mediar el odio que os profesais vos y vuestro hermano, nuestra suerte estaba decidida. Y por eso mi padre había preparado...

—¿Que?

—Nada, nada; ya lo veréis. Vamos, pronto; busquemos a mi padre. Los dos hombres internáronse en la habitación inmediata, mientras los ingleses se entregaban al furor, golpeando la puerta a fin de derribarla.

En pocos momentos Enrique y Sir William se hallaron junto al barón de Clairmont, a quien rodeaban la baronesa, Diana, Mary Wentworth y todos nuestros amigos, con los criados algonquinos supervivientes, todos armados y provistos de antorchas encendidas.

El anciano caballero estaba sombrío. Una profunda arruga le dividía la frente.

—Ni una palabra —dijo en tono grave y algo conmovido—. Lo que importa es apresurarse. Seguidme.

Dirigióse hacia el depósito secreto, de donde sacaran las culebrinas, y llegado que hubo a él, hizo entrar a todos en el sombrío hueco al cual daba acceso la puertecilla que ya conocemos, y entrando a su vez, cerróla, corrió el cerrojo y miró a su alrededor.

Estaba en un subterráneo, con salida a una galería angosta, por la que marchaban ya los fugitivos, guiados por Enrique de Clairmont. En aquella cueva, de baja bóveda, veíanse toneles, barriles, tablas, esparcidos por todas partes. El noble francés dirigióse a uno de los rincones, cogió de encima de uno de los barriles un rollo de cuerda como de un dedo de gruesa, uno de cuyos extremos había sido introducido por un agujero en el propio barril, y por un momento lo tuvo en sus manos, contemplándolo pensativo.

Lanzó de súbito un largo suspiro, sacudió después la cabeza con ánimo resuelto; un relámpago brilló en sus pupilas, y con seguro paso internóse en la galería, arrastrando tras de sí la cuerdecilla, que se desenrollaba conforme él iba alejándose, hasta que desapareció. Las tinieblas reinaban en el subterráneo; hubiérase dicho que la luz se extinguía engullida por las sombras, y nada volvió a oírse, sino el eco de los clamores producidos por los ingleses, dueños ya del castillo.

CAPÍTULO XXII

LA SORPRESA DEL BARÓN

La galería recorrida por los fugitivos se prolongaba en una especie de conducto subterráneo que, a juzgar por su dirección, seguía la lengua de tierra que unía la roca a la orilla del lago. El corredor era angosto, bajo y frigidísimo, por efecto de los carámbanos que pendían de su techo escabroso por el continuo destilar de agua al filtrarse.

La baronesa de Clairmont, su hija Mary Wentworth y Liseta, forzadas a soportar aquella dura marcha, mostraban a pesar de todo una calma y una serenidad que despertaban la admiración de sus amigos, animándolos y disipando en gran parte las preocupaciones que los oprimían. El barón no les había alcanzado aún, y Enrique ordenó a su hermano y a Petifoque volver sobre sus pasos a fin de ver lo que sucedía, cuando el caballero apareció corriendo.

Grandes exclamaciones de júbilo acogieron su presencia. A la luz de las antorchas aparecía muy tranquilo, aunque pálido. La cuerdecilla que antes hemos visto en sus manos había desaparecido.

—¡Apresuráos, queridos míos! —dijo entreabriendo los labios en una sonrisa tranquilizadora—. El tiempo apremia y debemos salir cuanto antes de este conducto.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sir William.

—Por ahora a la orilla del Champlain, donde encontraremos el modo de escondernos en algún macizo de abedules o de pinos gigantes —repuso—. Los ingleses, en tanto, nos estarán buscando en el castillo, y confío en que antes de que se cansen de buscarnos, suceda algo extraordinario que les impida molestarnos, al menos por ahora.

—Desearía que os explicaraís más claro.

—Perdonadme, Sir William; quiero tener el gusto de prepararos una sorpresa que os agradaírá ciertamente, no temáis...

—Bien entonces.

—Si os la revelase ahora, disminuiría en mucho su efecto...

—¿Que de seguro ha de ser estupendo?

—Portentoso.

—Renuncio a las explicaciones.

—No os arrepentiréis.

—Pero estoy impaciente, señor barón.

—¡Bah!, vuestra espera no será larga, os lo aseguro.

—¿Cuanto nos queda aún de este camino subterráneo?

—Pocos minutos.

—Eso me consuela, porque en verdad, prefiero estar al descubierto, tanto más cuanto que estoy...

—Proseguid, amigo mío.

—... cuanto que estoy un poco preocupado respecto a mi corbeta.

—¿Vuestra corbeta? ¡Mil diantres, pues me dais una buena idea ahora que habláis de ella!

—Probablemente la misma que se me ha ocurrido.

—¿Lo creéis?

—Veamos.

—Yo pensaba...

—Que fuésemos todos a bordo de mi nueva *Tonante*.

—Justamente.

—Y aguardar allí el regreso de Cabeza de Piedra.

—Eso es.

—El valiente maestro no puede tardar mucho en volver.

—A menos que le haya sucedido alguna desgracia.

—¿A él?... ¡Vamos, señor barón, bien se ve que no conocéis a ese diablo de hombre!

—Es probable.

—Ya veréis cómo, a fuerza de encoraginarsen con todos los campanarios de la tierra y de jurar por su pipa de familia, ha encontrado el medio de salvar a Riberac y de llegar a tiempo de prestarnos su concurso.

—Nada deseo tanto como que así suceda.

—Entonces, convenidos. ¡A la corbeta!

—¡A la corbeta!

—A bordo están mis corsarios con algunos cañones excelentes; los ingleses tendrán plomo y hierro por comida y cena, si osan venir a molestarnos hasta allí.

—¡Hum!... Me parece que les va a ser difícil.

—Tanto mejor... Pero aún me preocupa una circunstancia muy grave. Recordad la misión que Washington me confiara: es necesario advertir al general de cuanto ha sucedido en estos últimos días. Las dos cartas que Cabeza de Piedra llevaba para entregar a Arnold y a Saint-Clair han perdido todo su valor; el plan de campaña está alterado, y precisa combinar otro nuevo, pues si se hiciera lo previsto en él, nos llevaría tan sólo a la ruina de la joven República. Burgoyne jugaría a cartas vistas, y yo no podría sobrevivir a tanto contratiempo, cuya responsabilidad pesaría sobre mi conciencia por no haber intentado evitarlo a toda costa.

El barón de Clairmont asió la diestra al corsario, apretándola con fuerza.

—He tomado mi partido —dijo—. Dentro de poco podréis apreciar que ninguna consideración ni interés alguno me impiden en lo sucesivo declarar abiertamente mis sentimientos, que son de odio hacia los ingleses, de simpatía por la nueva República de los Estados Unidos. Desde este momento me consagro por entero a la causa de la libertad americana, junto con mis hijos y mis amigos. Dentro de pocas horas, Enrique, escoltado por algunos leales algonquinos, partirá para llevar a Washington las noticias que consideréis urgentes.

—¡Ah, gracias! Eso me tranquiliza.

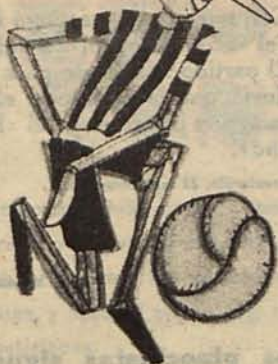
(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO DEPORTISTA

EL TORNEO FUTBOLÍSTICO DE «PINOCHO»

Un partido accidentado que no termina.

El árbitro lo suspende por falta de luz, para continuarlo el domingo siguiente.



Dos equipos pinochistas salieron por vez primera al palenque, y la suerte no quiso que la liza terminase dentro de las normas reglamentarias, ni con la felicidad que fuese de desear. Concedido el campo a esta revista por el Presidente de la «Agrupación Deportiva Ferroviaria», no fué, sin duda, comunicada la orden con la oportunidad debida al conserje del campo, que con una inflexibilidad de hombre de la edad de piedra se negó a dejar jugar a nuestros equipos.

Pero claro está que Pinocho no puede fracasar, y a los cinco minutos, sus equipos jugaban en el campo del Tarragona, gracias a la amable cesión de sus directores, hombres tan simpáticos e inteligentes como buenos deportistas.

En estas idas y venidas se pasaron unos buenos treinta minutos, y el sol, que ni por Pinocho detiene su carrera, llegó cerca de la línea de su ocaso.

¿Qué hacer? ¿Desistir de jugar? No, eso nunca. El señor Estévez, árbitro de este encuentro, con muy buen acuerdo estimó que se podía jugar el partido aunque no fuese más que su primer tiempo, y dejarlo en suspenso para continuarlo en la primera oportunidad.

La lucha, durante esta media hora, fué de lo más lucida y emocionante.

Los muchachos del «Deportivo Pinocho», marcaron dos tantos de una factura admirable, y los del «Real Pinocho» uno solo, pero también muy bonito.

En ambos bandos se nota una gran compenetración y codicia, y no es de temer que ninguno de ellos haga papeles desairados en este singular torneo.

Al terminar este encuentro —mejor dicho, este medio encuentro— se produjeron entre el público algunas discusiones sin importancia.

Ambos capitanes quedaron de acuerdo para continuar el partido en el próximo domingo. A juzgar por el juego que vimos desarrollar, es un gran segundo tiempo el que nos espera.

La visita del «Morawska».

Hemos tenido —digamos el gusto, sólo por tratarse de un equipo extranjero—, de ver al equipo checoslovaco «Morawska», de Slavia jugar dos partidos en el Stadium Metropolitano, frente a nuestros campeones (?) los jugadores del «Athlétic».



El «Deportivo Pinocho», que tan lucidamente debutó en nuestro torneo.

(Foto. ALVARO.)

Vamos primero a examinar los bandos, para ver si pueden merecer los títulos que ostentan.

Ni el «Morawska», después de miles de kilómetros de viaje e infinidad de duros partidos, merece su nombre, ni el «Athlétic», con un gran número de jugadores suplentes, el suyo.

La Federación debiera controlar estos equipos y darles su visto bueno, para que así no se engañase al público, que fiado en la buena fe de las empresas acude a los campos saturado de la credulidad más pura.

¿Nos enseñó algo nuevo el «Morawska»?

No; este equipo, como todos los de la Europa central, es preciosista en el pase, maestro en la combinación; pero carece de genialidad, fogosidad, y sobre todo, rapidez en el remate; por eso, sin duda, dominan y esta situación no tiene



El equipo checo «Morawska», que jugó contra el «Athlétic» en la inauguración de la temporada del Stadium. (Foto. ALVARO.)

reflejo en el marcador. Son fuertes y salen de la liza casi siempre lesionados. En una palabra: carecen de «malicia», de «picardía» deportivas.

Su clase de juego es completamente diferente a la nuestra. A su entrenamiento se opone nuestra falta de preparación; a su exceso de pase en el ataque, nuestro individualismo perforante; a su flema, nuestra codicia; a su cálculo, nuestra genialidad; ellos juegan poniendo en cada momento la cabeza; nosotros, el corazón.

Ahí tenéis el ejemplo en esta jugada:

. Olasito, un muchacho, un chico como quien dice, arrebató el balón a un checoslovaco que avanza metódicamente.

Este es el mejor ejemplo que os puedo poner de todo lo dicho.

Dux.

Correspondencia deportiva.

Rigolino. B. Aires.—Queda hecha tu inscripción en toda regla.

Jesús García. Madrid.—¿Que quieres que se sepa que vienes en Prim, 16? Pues quedas complacido. Y ahora, suerte y que los futbolistas acudan a granel.

G. G. L. M.—El equipo más próximo a tu casa es el que se titula «Los Once Pinochistas de Florida»; el capitán, José Pérez Rubio, vive en Eguilaz, 7.

Vicente Rubio.—Tu equipo ha quedado inscrito en el Torneo. Sólo falta que nos comuniqués el indumento del equipo.

López Ferrero. Madrigal.—¡Pero, hombre; sólo te faltan tres jugadores y desesperas de formar un equipo! Eso no puede ser.

¡¡Otro equipo pinochista en Buenos Aires!!

En la bella capital de la República Argentina se ha formado otro bando pinochista, que muy pronto comenzará a cosechar triunfos que sigan haciendo inmortal el muy ilustre nombre de Pinocho.



El «Real Pinocho», que también jugó en nuestro torneo por vez primera, logrando hacer una bonita exhibición de juego. (Foto. ALVARO.)

El nuevo bando está integrado, por Acevedo; Antonelli, Ponz; Arvizum, Lafonto, Estévez; Bruno, Del Valle, Kuop, Antonelli (V.), Giorgi.

El domicilio del capitán, que es Alfonso del Valle, es Virgenes, 792. (Buenos Aires-capital.)

M Á L A G A

Tuvo lugar un partido entre los equipos «Club Deportivo Atlético» y «F. C. Malagueño» en el campo propiedad de este último.

Los equipos lo integraban los jugadores siguientes:

«Atlético»: Porras; Trespacios, Juanelo; Poy, Vera, Vicaria; Palomo, Sevilla, Rueda, González y Zúñiga.

«Malagueño»: Angelillo; Quesada, Gutiérrez; Marin, Andrade, M. Ruiz; Octaviano, Quintanilla, Fuentes, Pino y Cuberta (V.).

De árbitro, el señor Cuberta.

Empieza el partido. Los malagueños salen con ganas de alcanzar la victoria, por lo que su juego no carece de entusiasmo, si bien los del «Atlético» también tiran a dar; consecuencia de estos esfuerzos fueron dos tantos hechos por el «Malagueño» y uno por el «Atlético» durante el primer tiempo.

En el segundo vemos cómo sigue su curso el juego sin que se luzcan los jugadores. El «Malagueño» consigue un tanto de «penalty».

Por lo tanto, el «Malagueño» consigue la victoria por 3 a 1.

Y nada más.

Por el «Malagueño» hicieron mejor actuación Vicente, Quintanilla y Angelillo.

Por el «Atlético», Vicaria, Juanelo y Porras. Los demás, bien. El árbitro, imparcial.

MELÉNITAS.

B E T A N Z O S

El domingo 20 de septiembre se celebró un animado encuentro entre los equipos reserva del «R. C. Deportivo», de la Coruña, reforzado con seis jugadores del primer equipo, y el «Betanzos F. C.», de esta localidad. Alinaron por el equipo coruñés: Carretero; Mella, Lafuente; Pombo, Paloch, Iglesias; Fito, Tato, Mariñas, Asray y José María, y por el «Betanzos F. C.»: Núñez; Ares, Azugarai; Candal, L. Fariñas, Fiaño; Pita, A. Fariña, Mahino, Pituta y Montes.

Arbitró un colegiado, muy imparcial. El juego se mantuvo movido, haciéndose bonitas jugadas por parte de ambos «teams», pero demostrando mejor juego los betanceros. Vencieron los coruñeses por 3-2, los cuales 3 fueron efecto del mal comportamiento del meta brigantino.

Ambos equipos jugaron bien, especialmente Carretero, por los reservistas, y Fiaño, Pituta, Mahino, Ares, Azugarai y L. y A. Fariña por el «Betanzos F. C.»

JOSÉ y MIGUEL ALGUERO CAAMAÑO.
(Corresponsales.)

El «C. D. Pinocho» obtiene una rotunda victoria sobre el «C. D. Español» por 3 a 0.

Con buen tiempo se jugó un partido de entrenamiento contra el «C. D. Español», siendo vencido éste.

El partido anunciado para el día 20 quedó suspendido por la lluvia, que inundó todo el campo de agua, y el próximo domingo se jugará entre el «Invencible Pinocho» y «C. D. Pinocho».

Alcantarilla, 21 septiembre 925.

J. SÁNCHEZ.

Los pinochistas siguen triunfando en la Argentina.

(Buenos Aires.)

«Pinocho», 3; «Libertarios», 0.

«Pinocho» formó así:

A. Lucarelli; J. Inzúa y J. Barars; A. Marini, G. Dacal y R. Lagarde; J. Linari, R. Solano, F. Lucarelli, V. Lagarde y G. Lucarelli.

A los doce minutos, Vicente Lagarde, ante una indecisión de la defensa contraria, con un tiro corto, anotó el primer «goal».

A los veintisiete, José Linari recibe un pase de F. Lucarelli, y luego de correrse brevemente, con tiro alto, anotó el segundo «goal».

A los diez y ocho minutos del segundo tiempo, Félix Lucarelli, en un entrevero frente al arco contrario, marca el tercer y último «goal».

«Wanderers A», 4; «Norte Central», 0.

«Wanderers» formó así:

C. Moro; A. Nicolazo y H. Modesto; J. Papalardo, F. Joaquín y A. Mannetto; J. Tozcano, A. Anselmi, G. Mannetto, A. Simón y E. Bardelli.

Marcaron los «goals» Félix Joaquín 2, Bardelli y G. Mannetto.

«Wanderers B», 2; «Nacional», 2.

«Wanderers» formó así:

S. Catalano; J. Alegrina y J. Batiato; L. Azenzo, P. Coy y A. Anelli; A. Domínguez, R. Labate, H. Batiato, M. Mazucheli y M. Varela.

Marcó ambos «goals» Antonio Domínguez.

FÉLIX JANCÍVAR.



El formidable equipo del Club deportivo «Pinocho» de Alcantarilla. 1, Bernal; 2, Garrido; 3, Sornichero; 4, Pérez; 5, Avilés; 6, García; 7, M. Sánchez; 8, Baños; 9, Sánchez; 10, Cascales, y 11, P. Sornichero.

(Dibujo de SÁNCHEZ.)



El equipo infantil del «Tarragona F. C.», de Madrid, que ha anunciado su intervención en el torneo de Pinocho.

(Foto. ALVARO.)

LOS SIETE HERMANOS INVENCIBLES

En el reino de Calamocha, un reino que hubo hace ya mucho tiempo en lejanas tierras, había un célebre mago, tan conocido por su perversidad como por su extraordinario poder. Los vecinos, atemorizados, le pagaban fuertes tributos, y hasta el mismo rey tuvo más de una vez que rendirse a sus peticiones.

Un buen día, el mago se despertó con bastante mal humor. Tenía todo lo que deseaba, y esto le aburría bastante. Púsose a cavilar qué maldad podría distraerle, y se acordó de que la hija del rey, que era una bellísima muchacha, nunca le saludaba cuando se cruzaba con él, y hasta le había mirado despreciativamente.

—La raptaré —se dijo, y con esta idea fuese derecho al palacio.

No pasó grandes apuros para llegar a las habitaciones de la princesita. Todos le temían y se apartaban respetuosamente a su paso.

Así llegó hasta la alcoba donde dormía la bella niña, y envuelta en una sábana se la cargó a hombros.

Luego salió disparado por una ventana y fué a ocultarse en una cueva escondida en las entrañas de la tierra.

Cuando a las pocas horas los servidores del palacio se dieron cuenta de la desaparición, se armó un lío enorme. El rey lloraba, desesperado, y mandó pregonar que al que encontrase a su hija le casaría con ella y le cedería el reino.

Pasaron tres días, durante los cuales nadie pudo encontrarla. El rey, apesadumbradísimo, dictó un bando, por el cual se prohibía, en señal de duelo, encender aquellas noches luces en las casas.

La población se mostró obediente a la orden. La obscuridad más absoluta reinó en todas partes. Unicamente se vió luz en la casucha de una vieja miserable, que vivía en las afueras de la capital.

Los soldados que patrullaron aquella noche por las calles, tomaron nota de aquel acto de rebeldía y lo pusieron en conocimiento del rey. Esté ordenó que se personase la vieja en seguida en el palacio.

—¿Por qué no has respetado mis órdenes? —le preguntó.

La vieja, sin cortedad ni miedo, le repuso:

—Señor, tengo siete hijos; los siete salen de casa cuando amanece y regresan cuando ya no hay luz del día. Si no enciendo la lámpara, no puedo verlos, y esta es ya la única alegría que me queda.

El rey, emocionado por el maternal cariño de la pobre anciana, le preguntó, ya sin enfado:

—¿A qué se dedican tus hijos?

—Trabajan en el bosque, cortando árboles, porque no se quieren separar de mí. Pero cuando se vayan a correr mundo, ganarán mu-

cho dinero, porque cada uno de ellos posee un don que les concedió una hada buena cuando nacieron.

—Bueno, vete con Dios y diles que vengan a verme; tengo que hablar con ellos.

La anciana hizo una gran reverencia y salió muy tranquila, mirando a todas partes llena de curiosidad.

Al llegar la noche, los siete hijos de la viejecita se presentaron en la humilde casucha que habitaban. Estando ya sentados a la mesa, la vieja les contó lo sucedido, y les dijo:

—Mañana, en cuanto os levantéis, tenéis que ir a palacio, porque el rey quiere hablaros.

Durmieron tranquilos y al amanecer se levantaron, tomaron el desayuno y se fueron a ver al rey. Este los recibió en seguida.

—¿Quiénes sois? Sentaos.

—Somos los hijos de la anciana que habló ayer tarde con vuestra majestad.

—¡Ahl, ya recuerdo. ¿Y cuáles son esos dones que, según vuestra buena madre, os concedió un hada?

—Yo —dijo el primero— tengo la facultad de oír hablar por muy lejos que se halle la voz.

—Yo —dijo el segundo— puedo hacer que la tierra se abra cuando quiero y donde quiero.

El tercero dijo:

—Yo sustraigo a cualquiera un objeto sin que se dé cuenta de ello.

El cuarto:

—Yo tengo fuerza para lanzar cualquier objeto al otro extremo del mundo.

—En el sitio que se me antoje —afirmó el quinto— digo: *hágase una torre*, y al instante aparece.

El sexto exclamó:

—Yo tengo tal puntería, que atino siempre en el blanco por muy lejos que se halle.

—Y yo —dijo el último— aunque una cosa caiga de la altura que caiga, soy capaz de recibirla en mis manos antes de que toque al suelo.

El rey se quedó un momento pensativo, rascándose la barba. Luego su semblante se iluminó y les habló así:

—Ya sabéis que mi hija ha sido robada por el mago. Sólo vosotros podéis encontrarla. Si me la traéis, premiaré vuestra solicitud y vuestro talento cumplidamente. Por ahora, os doy este saquito lleno de onzas, para que no tengáis que preocuparos de ganar el sustento de vuestra madre ni el vuestro. El encargo que os doy no es sencillo; pero vosotros sois valientes y estoy seguro de que triunfáis. Que la suerte os acompañe.



Los siete hermanos salieron animosos de la entrevista. Cerca del palacio les esperaba la vieja. Se acercaron y le pusieron en la mano un puñado de onzas de oro, diciéndole:

—Ten ese dinero para que te mantengas mientras regresamos. No sabemos el tiempo que vamos a estar ausentes. El rey nos ha confiado el rescate de su hija. No temas por nosotros.

Dicho esto salieron de la población y comenzaron a caminar. El que todo lo oía apoyó uno de sus oídos en tierra y dijo:

—Oigo al mago que regaña a la princesita. Vamos en esta dirección, que por aquí se encuentran.

A los pocos días volvió a escuchar y dijo, señalando al suelo:

—Aquí debajo se hallan.

El grupo se detuvo, y el que poseía el don de abrir la tierra dijo unas palabras mágicas.

Apenas las hubo pronunciado se abrió una boca enorme en el suelo, y el tercero de los hermanos bajó por ella a las entrañas de la tierra. Su misión era la de arrancarle la presa al mago sin que lo notase. Le encontró dormido, con la princesa sujeta entre sus brazos. Con mucha suavidad se la quitó y en su lugar puso una piedra.

No satisfecho todavía con esta broma, le quitó un zapato y se lo dió al cuarto de sus hermanos, que lo lanzó tan lejos, que fué a caer al fin del mundo.

Muy contentos por haber triunfado, se alejaron de aquel sitio, orgullosos de llevar consigo a la princesita.

Pero el sueño del mago no duró mucho. Al despertarse, poco después, miró desesperado

por todas partes buscando a la princesa. Convencido, al fin, de que no estaba en la caverna, fué a salir para ver quién se la había robado; pero notó que le faltaba un zapato y que las piedras y los espinos le molestaban.

Salió como pudo de la cueva y, después de mirar a través de los montes con sus ojos poderosos, vió que su zapato estaba en el otro extremo del mundo. Y sin pensar en más se lanzó al aire en su busca.

Mientras el aturdido mago iba hasta el fin del mundo, los siete hermanos adelantaron mucho en su camino. Pero, de todas maneras, como el mago volaba y además tenía vista suficiente para saber dónde estaban los fugitivos, en media hora cogió su zapato y se volvió hacia ellos con las de Caín.

Los hermanos, que ya conocían su ligereza, le esperaban. En cuanto le vieron aparecer a lo lejos exclamaron:

—¡Hermano, date prisa; fabrica la torre! ¡No tenemos momento que desperdiciar!

En un abrir y cerrar de ojos se levantó una torre sólida, sin puertas, ventanas ni rendijas en ninguna de sus cuatro fachadas. Los siete hermanos y la princesita quedaron dentro, como en una gran caja herméticamente cerrada

El mago no esperaba aquello. Pero hábilmente procuró engañarles.

—¡No han dejado ni una rendija! —decía para sus adentros—. Vamos a ver si son tan sagaces como poderosos.

Y con voz lastimera les suplicó que le dejaran ver a la princesita, aunque fuese por un pequeño agujero, prometiéndoles que luego les dejaría marchar.

Los muchachos, compadecidos, creyendo que eso no constituía peligro, perforaron la pared.

Miró el mago por aquel boquete, de un diámetro como el de cinco céntimos, y fué lo bastante: la princesa, como convertida en fina barrita de acero, fué atraída a través del boquete. Entonces se apoderó nuevamente de ella el mago, y echó a volar con la presa;

tan alto, que apenas se les alcanzaba con la vista.

Los hermanos, ante aquella nueva desgracia, hicieron desaparecer la torre, diciendo misteriosas palabras, y en seguida el que no fallaba nunca el tiro cogió su arco, apuntó y clavó la flecha en la cabeza del mago, que al sentirse herido aflojó los brazos y dejó caer a la niña.

Inmediatamente el séptimo de los hermanos se dispuso a recibirla; y, en efecto, la princesa cayó en sus manos como quien cae en un lecho de plumas.

Así escaparon por segunda vez de las garras del mago. Sin perder un instante reanudaron la marcha.

Ya faltaba sólo media hora de camino para llegar al palacio.

Pronto llegaron allí,

y el rey les recibió trastornado de júbilo.

Aquella noche hubo bailes, iluminaciones y conciertos públicos.

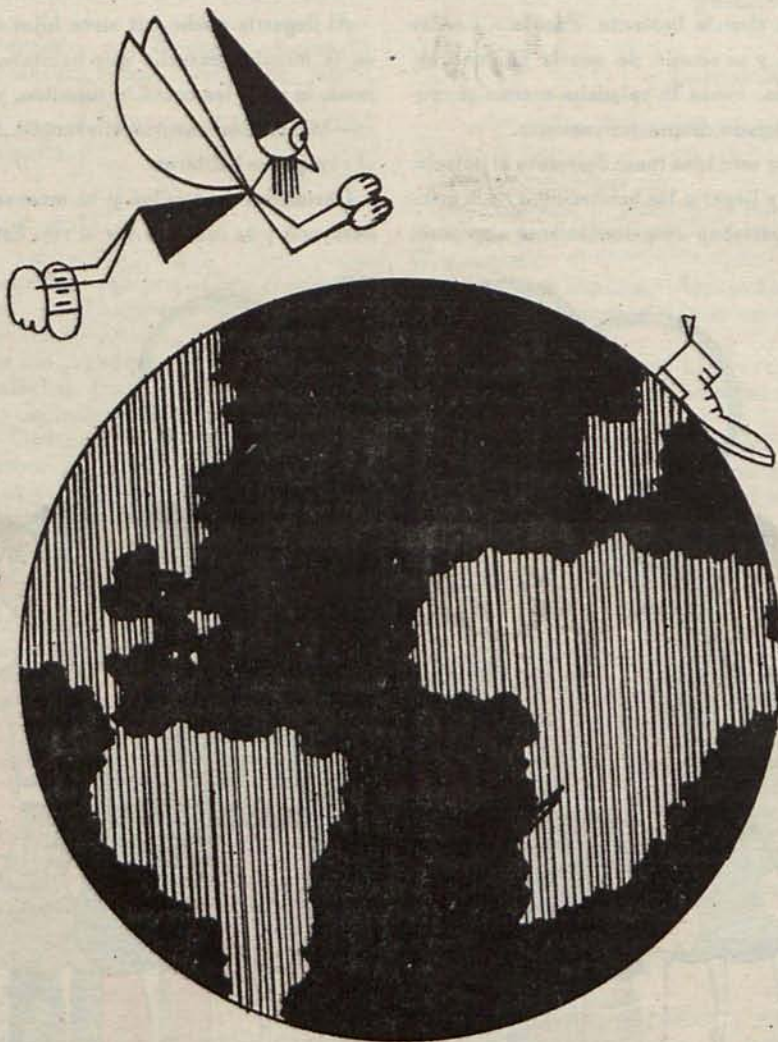
Cuando al día siguiente preguntó el rey a su hija cuál de los siete hermanos había tenido más parte en su salvación, ella repuso:

—Todos han contribuido a salvarme. Si hubiera faltado uno solo de ellos la empresa hubiera fracasado. A todos les debes recompensar igualmente; pero al que más debo mi vida es al que me recibió en la caída. Sin la firmeza y la flexibilidad de sus brazos me hubiera estrellado en el suelo.

Es inútil añadir que aquel joven se ganó la mano de la princesa, y que de todos ellos era el más joven y el más guapo.

Él fué el heredero del trono. A sus hermanos les dió altos empleos y dignidades en la corte.

La viejecita murió en medio de los mayores regalos y atenciones.



B U E N O S Y M A L O S



—¡Qué olor más bueno!

—¡Claro, señorito; como que ahí abajo tenemos la colonia... veraniega!



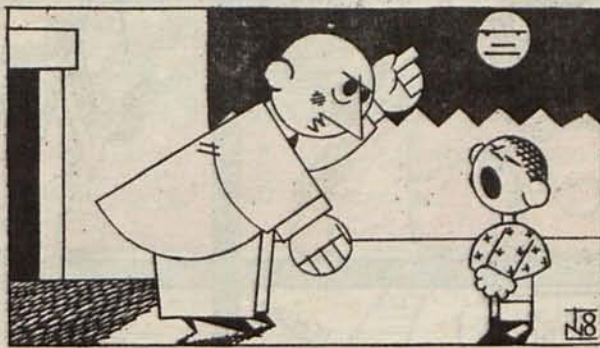
—¡Muy bien! Ya eres bachiller. Y ahora, ¿qué

carreras te gustan más?

—Las de caballos, abuelito.

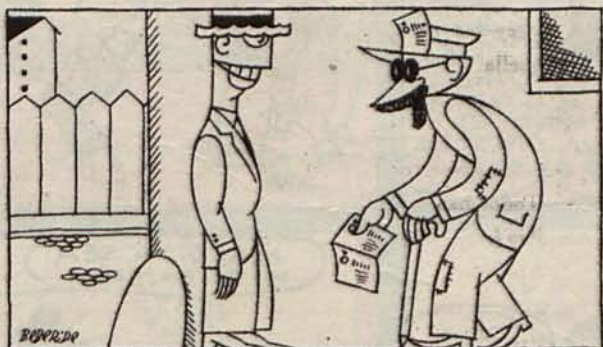


—¡Niño!, no te acerques mucho no vaya a no estar bien disecado...



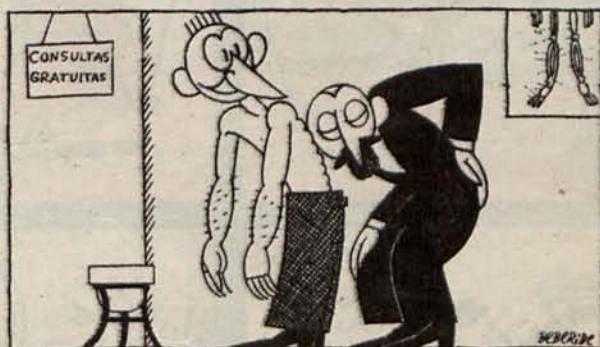
—Supongo que ahora que has visto la luna ya no llorarás más.

—¡Es que yo la quiero ver por el otro lado!



—¡De cinco pesetas!... ¡¡Me quedan tres!!...

—¿Y qué ha hecho usted de las otras dos pesetas?



El doctor (después de media hora de reconocimiento).

—Pues, señor; no veo nada. Vamos a ver, usted, ¿qué es lo que siente?

—Pues mire usted, doctor; como sentir no siento nada; pero he visto que las consultas son gratuitas, y dije: ¡hombre!, voy a ver si estoy malo.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTO QUE VERERES AQUÍ LE PASÓ A DON PIROLÍ



Para poder ver el mar
se marcha a veranear



Piruli fija su estancia
allá en el norte de Francia y le causa admiración



El mar ve con emoción
y le causa admiración



Decide cruzar en lancha
todo el canal de la Mancha



Cada vez mas decidido
la travesía ha emprendido



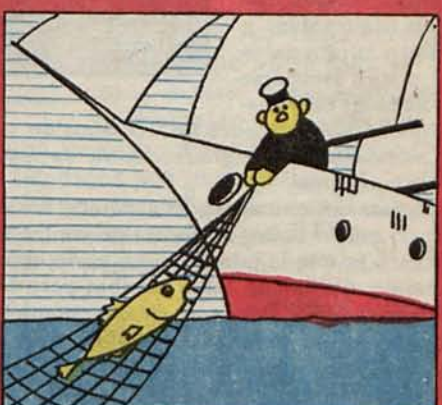
En medio del mar le acosa
una tempestad furiosa



En un mar tan agitado
Don Piruli, ha naufragado



Y un bacalao vivo
se traga al naufrago, crudo



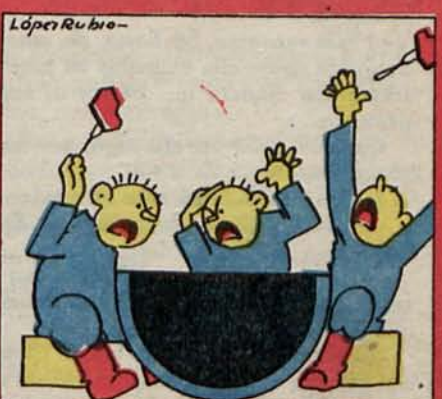
El bacalao, al día siguiente
es pescado prontamente



Y al abrirlo ¡Oh portento!
sale Piruli contento



Al bacalao feroz
lo preparan con arroz



Y notan con desconsuelo
que el pez ¡Sabe a caramelo!

HISTORIAS DE ANIMALES

LA RATA SABIA

Era tan sabia, tan sabia, que nunca comía queso, ni tomate, ni tocino, ni nada de lo que comen las ratas y ratones, y que suele estar envenado para así exterminar a esta clase de roedores.

La rata sabia comía libros, y de comer libros se había vuelto tan sabia como era. Toda la ciencia se la había tragado ella entre almuerzos y cenas. Unicamente respetaba los libros de matemáticas, que suelen ser los más indigestos, (¿Verdad?)

Cuando llegaba la hora de comer, se despedía de los suyos, que iban para la despensa, y se iba a la biblioteca, donde una provisión inagotable de obras maestras esperaban en fila como soldados.

Así, come que te come, hasta supo latín y griego, y podía dar lecciones de esgrima, de Geodesia y de Derecho internacional.

Las ratas y los ratones llevaban a sus hijos para que les diera lecciones, de tanto como sabía.

Pero la rata sabia no quiso ocuparse de nada de esto hasta que acabó, después de tres años de prácticas y estudios, su maravillosa *Guía y advertencia de las ratoneras y demás artes maléficas*.

En esta obra se aprendía a conocer las ratoneras y las trampas, y, por lo tanto, a precaverse contra ellas.

Claro es que la rata sabia no pudo escribir la obra, sencillamente, porque no sabía escribir; pero toda la *Guía y advertencia de las ratoneras* estaba completa y ordenada en su cerebro, lo que le hacía respetable entre sus compañeras.

Entonces, el gobierno de los ratones decidió nombrarla catedrática de Ratoneras, para que diese explicaciones que sirvieran para defender a los roedores de cuantos artefactos y añagazas se valen los hombres para luchar contra ellos.

Al principio, la rata sabia dió un curso de explicaciones teóricas; pero pasó en seguida a las clases prácticas, y fué llevando a todos sus jóvenes alumnos a través de las ratoneras del barrio.

—Ved esta ratonera. Se llama *de muelle* porque al poner una pata sobre ella empujáis un muellecito que hace correr esa madera que veís y os coge una pata. ¿Comprendéis?

Cuando veáis en ella algo, por muy sabroso que sea, pasad de largo.

Luego, se detenían ante otra ratonera.

—Esta se llama *de guillotina*. Su sistema es sencillísimo.

Al comer, tiráis de un hilito, y una cuchilla os corta la cabecita. No os acerquéis nunca, aunque veáis en ella lo que veáis.

—Aquella se llama *de agua*. Cuando queráis comer ese pedazo de queso, al pasar sobre esa tabla, se hundirá y pereceréis ahogadas.

—Ved esta trampa. Es muy fácil entrar; pero salir es imposible. Parece un cesto de papeles; pero es una trampa.

—No comáis esos polvos; son un veneno terrible.

Así, conocía las ratoneras de memoria y podía precaver a sus alumnos.

Esto hizo que aquel año, los ratones advertidos, se librasen de la mortandad y llegaran a convertirse en una horrosa plaga. Los hombres ya no sabían qué hacer.

Cada vez inventaban ratoneras más extrañas y disimuladas.

A lo mejor, lo que parecía una cama, era una ratonera, y lo que pudiera tomarse por un gabán de entretiempo, era una trampa ingeniosísima.

Pero a la rata sabia no se la daba nadie con queso; ya he dicho que no le gustaba.

En seguida conocía lo que era una ratonera y lo que no, y al punto lo advertía a sus educandos.

—No os fiéis de aquel almohadón de raso. Es una trampa, aunque no lo parece.

—¡Eh! ¡No os acerquéis a ese paraguas de caballero! Acabo de notar que es una ratonera.

De este modo, los esfuerzos de los hombres se estrellaban contra la sabiduría de la rata profesora.

Se llegaron a inventar ratoneras cada vez más absurdas.

A lo mejor, un sombrero de paja ocultaba un aparato mortífero.

Se daban casos de que lo que parecía un reloj de pulsera, contuviera un veneno activísimo.

Y la rata, sin equivocarse nunca. Cada vez adivinaba la trampa, y libraba a los ratones de un luto riguroso.

—Eso que parece un felpudo, oculta una trampa. Eso que parece un tiesto de albahaca, es una ratonera. ¡Cuidado! ¡Hay que estar alerta!

Hasta que un día se encontraron delante de una ratonera de las antiguas, de la de más sencillo mecanismo. Entonces la rata sabia calculó:

—Puesto que lo que parecen objetos inofensivos son ratoneras, y los hombres no piensan sino en engañarnos con sistemas nuevos, y hay que temer de todo lo que nos rodea, no hay nada tan seguro como esta simple ratonera abandonada.

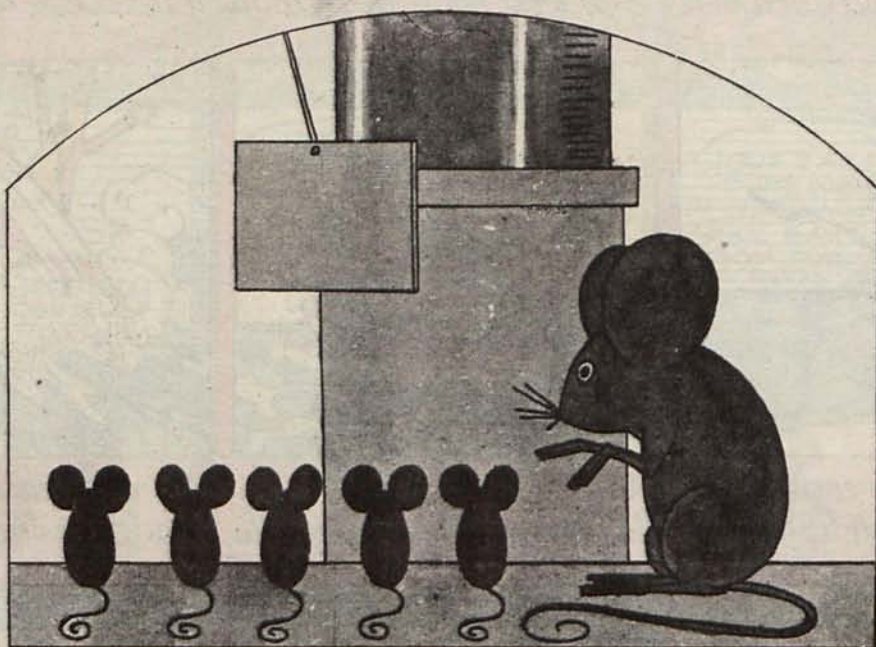
—Ya está pasada de moda y nadie la usará.

—Podéis comer el queso que hay dentro.

¡Zas! Todos los ratoncitos se quedaron dentro. La rata sabia se murió de contrariedad.

¡A ella, que nadie le había engañado con los más prodigiosos inventos, le daban mico con una ratonera anticuada, primitiva, de la que ya ni los ratones menos expertos tenían miedo!

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

LA VERBENA

Ya me habían dicho que Lang-Chu y su banda habían jurado vengarse de las burlas que les había gastado.

Adelaida, en todo su vigor, estaba encantada de ello, se preparaba para la lucha con entusiasmo.

Para probar sus facultades, mi esposa había conseguido del Ayuntamiento de Malul (China) el permiso para adoquinar una calle ella sola. Y se había puesto tan afanosamente a la labor, que a los pocos días había realizado la proeza entre el asombro y los aplausos de los transeúntes.

Mas a pesar de estas exhibiciones musculares de Adelaida, persistía el temor de que los bandidos tratasen de apresarme y decidí tomar toda clase de precauciones.

Por de pronto, di orden a la criada de mi casa de no recibir visitas. Cuando venía alguien decía: «Los señores han salido». Y así no corría el peligro de que una visita resultase ser la banda de Lang-Chu.

Otro de los métodos para no verme sorprendido por la espalda, era el llevar clavadas a mis tacones dos larguissimas varillas de hierro; estas varillas tenían la propiedad de que si alguien las pisaba, un ingenioso mecanismo hacía bajar de la chistera un carterito que ponía:

«Señor Barón, vuelva la cabeza, que vienen.»

Así estaba a cubierto de sorpresas.

Otro procedimiento era utilizar un loro que llevaba siempre mi esposa, al cual le habíamos enseñado a decir constantemente: «Cuidado, que aquí viene Lang-Chu, el cual se olvida que está fuera de ley».

De este modo, si el bandido intentaba acercarse, al oír aquello apretaría a correr.

Durante bastante tiempo nos valieron estas estratagemas para estar tranquilos y no ser molestados por los bandidos; tanto es así, que al irnos confiando poco a poco, terminamos por salir a la calle sin aparatos de protección y nos aventuramos a recibir visitas en casa.

En esa época llegaron las verbenas, fiestas a las que nunca habíamos faltado mi esposa y yo, y desde el primer día fuimos en ellas puntos fuertes.

Adelaida era el terror de los dueños de los rompe-cacharros y pim-pam-pum, pues solía no sólo acabar con todos los cacharros y muñecos, sino que a veces echaba al suelo hasta la misma barraca.

Había unos aparatos en que hay que dar un golpe de mazo para que suba un hierro por una especie de termómetro y abra un paraguas. Pues bien: allí los mazazos de Adelaida eran tan fuertes y desper-

taban tanto calor en el público, que en vez de abrirse un paraguas, se abría una sombrilla. Pero que se abría por la mitad y el dueño tenía que colocar otra.

Yo me dedicaba al tiro al blanco y mi puntería era tal, que cuando tiraba al corcho que saltaba encima del surtidor, no solamente daba al corcho, sino que cortaba el surtidor, y ya no podían usarlo hasta que lo volvían a soldar con agua caliente.

Cuando aparecía ante las escenas de muñecos recortados que se agitan cuando se les da en el

blanco, no más verme, y antes siquiera de que tirase, les entraba a todos un ataque de nervios, de la seguridad que tenían que iba a acertar.

Un día que paseábamos por la verbena vimos que de detrás de una caseta nos acechaba Lang-Chu y su banda. Nos disponíamos a emprender la retirada cuando nos salieron al paso.

Adelaida la emprendió a moquetes con unos cuantos y los derribó al suelo; pero como eran muchos, creí prudente recomendar a mi esposa que optase por la fuga.

—Déjalos, Adelaida —le dije—; no te ajuntes con ellos.

Y como Adelaida comprendía que yo llevaba razón, siguió golpeándolos un momento y después em-

prendió una rápida carrera conmigo en brazos, mientras que los bandidos nos perseguían.

Primero entramos en los tubos de la risa, los cuales atravesamos, siempre perseguidos por los bandidos, que, más torpes que mi esposa, rodaban mareados.

—¡Huyamos a campo traviesa! —gritaba Adelaida.

—No, todavía no; vamos al «carrousel», tengo mi plan —decía yo—. Si huyéramos ahora nos alcanzarían.

Y fuimos al «carrousel», donde dimos quince vueltas, con los bandidos montados en un carro detrás.

—¡Ahora a los columpios! —grité al terminar el «carrousel».

Y tomamos un columpio y comenzamos a volar en péndulo, mientras que la banda de Lang-Chu, en otros columpios, nos perseguía.

Cuando ví que los bandidos tenían el aspecto de estar muy mareados, hice parar el columpio y me dirigí, siempre en brazos de Adelaida, al final de la verbena, por donde salimos corriendo.

—¡Que nos van a agarrar! —decía mi esposa.

—No te preocupes —contestaba yo.

Y mientras tanto, los bandidos, seguros de su victoria, montaban a caballo y emprendían el galope para darnos caza; pero como estaban muy mareados, en vez de montar en sus caballos lo habían hecho en los de madera de los *tío-vivos* y comenzaron a dar vueltas en círculo, y cuando terminaron ya estábamos nosotros a salvo. —El B. de la Castaña.



PROGRAMA
PARA HOY

Un
personaje
doble
¡sensacional!

GRAN CINE



UN PERSONAJE DOBLE

Los dos hermanos Ernesto y Federico Petten, grandes aviadores, decidieron salir al campo, y en un pueblecito cualquiera, de los que ellos vieran a vista de pájaro, aterrizaron su aparato *Golondrina* para pasar algunos días.

Llegaron a Posadillas del Coco, pueblecito que ellos no conocían ni de vista, y preguntaron por la posada, en la que les dieron cuarto limpio y gesto amable por parte del posadero.

Mientras les servían un sabroso almuerzo de almejas y liebre, el amo entabló conversación con ellos, y les contó así el suceso que se comentaba por la población:

—Una muchacha rica, amiga de los deportes, salió ayer tarde en su magnífico caballo, *Romero*, por los desfiladeros, y no ha parecido aún.

—¿Y de quién sospechan? —preguntó Ernesto Petten.

—Puede sospecharse de un ermitaño que el pueblo conoce por *Barba Blanca*, hombre que apenas habla con nadie, que vive en una choza de las rocas y que en muchos años no había hecho nada malo.

—¿Quieres que tú y yo estudiemos el terreno desde lo alto en el aeroplano? —preguntó Federico a su hermano—.

—Muy bien. Pero yo prefiero ir a pie. Y uno desde arriba, y otro desde abajo, completaremos el estudio.

Así lo hicieron. Primero salió Ernesto hacia la montaña. Más tarde navegaba Federico por el aire, y con un anteojo divisó a su hermano.

Y he aquí que cuando más tranquilo iba el que marchaba andando, siguiendo las huellas de herradura de un hermoso caballo, que debía ser el *Romero*, de detrás de una roca salió un ermitaño con barbas blancas y amarró al joven aventurero.

Todo lo cual fué observado por el aviador, que inmediatamente empezó a buscar un campo de aterrizaje, próximo a la choza.

No lo encontró; pero lo había sobre la montaña, en el fondo de cuyo desfiladero estaba la guarida donde el ermitaño acababa de esconder a Ernesto.

Descendió, sacó de su aparato una cuerda larga, que siempre llevaba consigo, y la ató a una roca. Y en seguida comenzó el descenso por el desfiladero, arrastrando por él los pies. De pronto, el terreno resultó flojo, y unas enormes piedras, que estaban casi desenterradas por la lluvia que desgastaba la pendiente, empezaron a rodar. A veces pasaban cerca de la cabeza del explorador. Pero lo que a él le asustaba era que caían encima de la choza del ermitaño, y lo mismo podían herir que matar a Ernesto.

Eso le aterró enormemente, y le hizo bajar más de prisa. Por lo cual no dejaban de caer pedruscos, que acabaron por aplastar toda la techumbre de pajas.

Llegó, por fin, y apenas puso pie en terreno firme, ya le había sujetado los codos un viejo barbudo que le esperaba escondido.

Pero Federico era fuerte, y echando su cuerpo hacia adelante logró que el ermitaño diera la vuelta por encima del joven, lanzando los pies a lo alto.

Inmediatamente se arrojó sobre él, y cuál no sería su sorpresa al advertir que por un agujero oscuro, oradado en la roca, y que comunicaba con la choza recién destrizada, salía el ermitaño, el mismo ermitaño que Federico tenía debajo de su rodilla

¿Qué significaba aquello? ¿Es que se trataba de un hombre misterioso, que podía desdoblarse en dos figuras exactamente iguales?

Ante el natural temor de que el personaje aparecido fuera también contra él, se levantó, abandonó al otro y se arrojó contra el nuevo.

En esto salió Ernesto por el mismo agujero, y una hermosa dama detrás.

Al ver la escena, Ernesto contuvo a Federico. Y aprovechando este momento, el primer ermitaño, el que le había querido atar, corrió, pasó por un puente hecho con un tronco de árbol sobre un desfiladero profundísimo, y cuando hubo pasado tiró el tronco a la sima, dejando a los demás al otro lado.

Entonces Ernesto se explicó así:

—Ya comprendo tu sorpresa al encontrarte con dos personas que parecen una.

—Ciertamente —contestó Federico.

—Este ermitaño que ha quedado con nosotros es un hombre buenísimo, que ha estado muchos años viviendo en esta choza, huyendo del mundo. Pero ese ladrón, aprovechándose del misterio y la honradez de que se rodeaba el ermitaño, nos ha robado a todos, disfrazándose igual que este buen señor.

—¿Y cómo os tenía desatados?

—¡Ca! Nos tenía bien sujetos. Pero yo he podido morder las cuerdas que ataban a esta señorita, y ella nos ha desatado en el momento en que llegabas tú a salvarnos.

—Pues no perdamos momento. Ahora subamos tú y yo hasta el aeroplano. Y el ermitaño *Barbas Blancas*, y esta señorita, esperarán hasta que volvemos a recogerles.

En efecto: los dos hermanos treparon por la cuerda, llegaron al aparato y montaron inmediatamente. Federico llevaba la dirección del *Golondrina*; Ernesto se ocupaba en observar con un magnífico anteojo.

Dieron una amplia vuelta sobre la montaña, y en seguida vieron al bandido, montado en un soberbio caballo, que seguramente sería el *Romero* robado a la dama.

Se dirigieron luego a volar sobre la ciudad de Posadillas del Coco, y con un heliógrafo pequeño, manejado por Ernesto, pudieron comunicar con la policía y dirigirla para que dieran caza al bandido en sus escondites. El falso ermitaño se defendió como pudo disparando su pistola. Pero los que fueron en su busca se defendieron entre las piedras, y le agotaron las municiones.

Al fin, se rindió. No quiso decir dónde tenía escondidos los dineros robados; pero como el verdadero ermitaño iba descalzo, y el ladrón, más delicado, llevaba sandalias, en cuanto siguieron la huella de su pisada, encontraron unas rocas donde estaba todo el botín de los robos. Y como el bandido había tirado el puente por el desfiladero, no tuvieron más remedio, lo mismo el ermitaño bueno que la señorita Choli —que así se llamaba—, que ser subidos, primero el uno y luego la otra, por la cuerda que habían colgado de la roca alta los hermanos Petten.

Ya en la ciudad todos, el duque Sixto, padre de la linda muchacha, celebró en su casa una alegre cena con brindis, champán, flores en el centro y riquísimos postres de dulce de muchos colorines. a la que asistieron el buen ermitaño —que quedó convencido de no marchar de nuevo a la montaña— y los valientes jóvenes Ernesto y Federico Petten, salvadores de Choli.

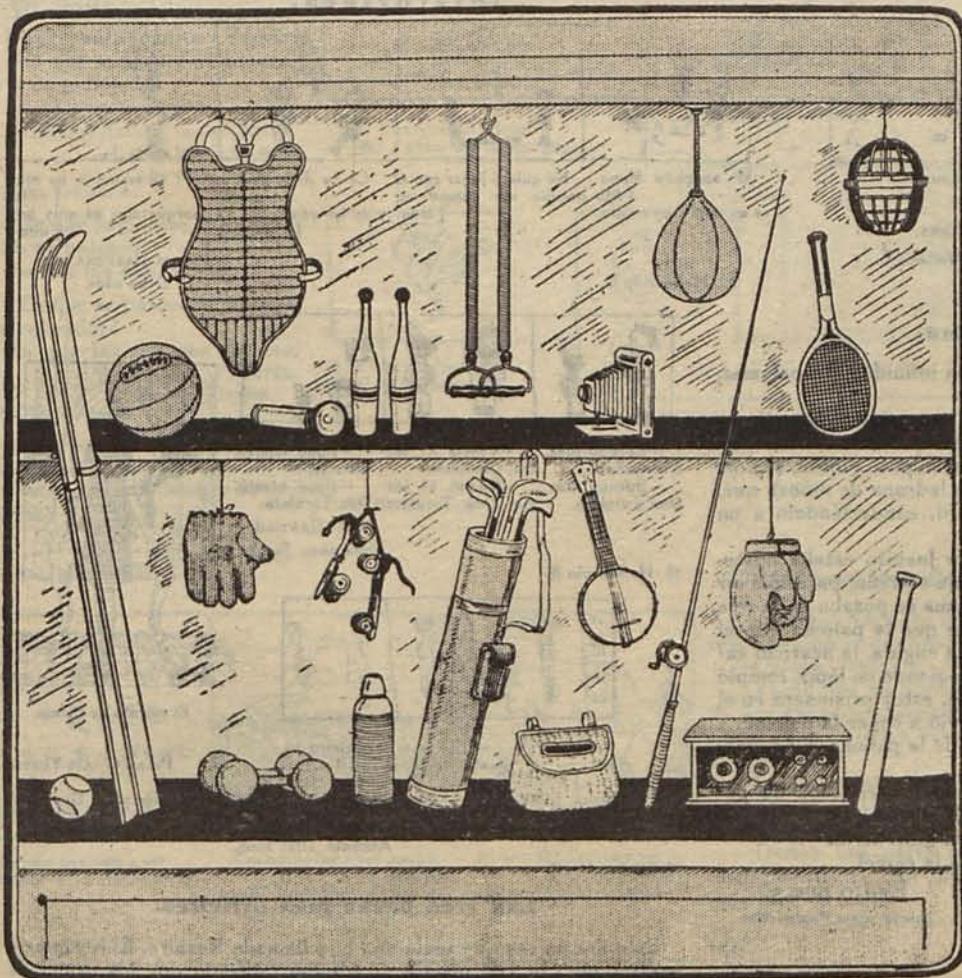
¡HA TERMINADO!!



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

EJERCICIO DE OBSERVACIÓN



He aquí un ejercicio que os ha de servir para educar vuestra memoria gráfica, y al mismo tiempo de diversión.

Para educar el instinto de observación y la memoria conviene aprovechar todas las ocasiones que se nos presenten.

Como veis, este dibujo representa el escaparate de un bazar en el que hay infinidad de objetos. Mirad detenidamente y con mucha atención todas las cosas que hay dibujadas y, si es posible, nombradlas en voz alta; todo esto hacedlo durante diez o quince segundos, y en seguida volved la hoja y al poquito rato escribid en un papel los nombres de los objetos que recordéis.

Si conseguís acordaros de las dos terceras partes de los objetos representados, es señal de que tenéis una excelente memoria.

Os servirá de diversión este ejercicio, como os digo más arriba, si os reunís dos o más amiguitos y establecéis un premio, que lo ganará el que recuerde más objetos.

Será un bonito juego.

(Fuera de concurso.)

Indicaciones de palabras cruzadas.

VERTICAL

1. En Africa.—2. Pronombre.—3. Tejido.—4. Bebida.—6. Exclamación.—7. Nombre de mujer.—8. Infinitivo de verbo.—9. Nota musical.—12. De un sentido.—20. En el pájaro.—21. Tejido.—23. En la jarra.—25. Nota musical.—28. Nota musical.—26. En la baraja.

HORIZONTAL

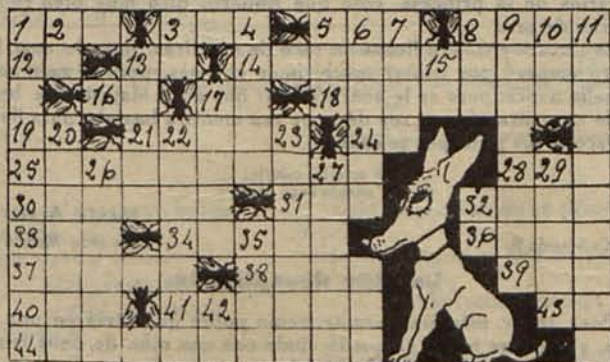
2. En el huevo.—5. Infinitivo de verbo.—10. Terminación de aumentativo.—11. Negación.—12. Tiempo de verbo.—13. Infinitivo de verbo.—14. De América.—15. Nombre de letra.—16. Tiempo de verbo.—17. Pronombre.—18. Condimento.—19. Rapaz.—22. Conjunción.—24. Artículo.—26. Nación.—27. Infinitivo de verbo.—29. Coger.—30. Sin gracia.

ENCARNACIÓN RAMOS.

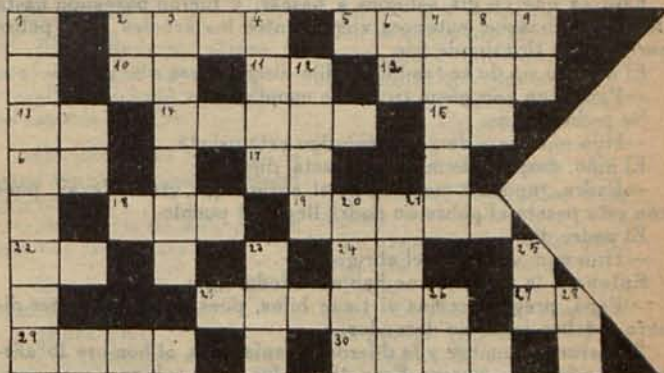
93. P. Sección B.

Once años. Málaga.

EL PERRITO DE XAUDARÓ



LA BANDERA



Indicaciones.

HORIZONTALS

1. Tratamiento.—3. Con mala vista.—5. Quiere.—8. Gaviotas.—12. Tiempo de verbo.
13. Nota musical.—14. Cuentamelo.—16. Pronombre posesivo.—17. Contracción.—18.
Reñan riquezas.—19. Marcha.—21. Descuentos.—24. Tiempo de verbo.—25. Ponle cor-
dón.—28. Personaje bíblico.—30. Título de marques.—31. Pronombre personal.—32.
Nombre femenino.—33. Marchaba.—34. Ronco.—36. Terminación de verbo irregular.—
37. Para lavar.—38. Río francos.—39. Tiempo de verbo.—40. En la iglesia.—41. Que tien
en alas.—43. Escuché.—44. Caja de un órgano.

VERTICALS

1. Robar.—2. Pronombre personal.—3. Nota musical.—4. Adornar.—5. Dios.—6. Nombre masculino en plural.—7. Sujetes.—8. Dueñas.—9. Personaje público. 10. Leira. 11. Tiempo de verbo.—13. Nombre de torero.—15. Naipes.—17. Ria gallega.—20. Terminaré.—22. Lo hacen las flores.—23. Pueblo del Norte.—26. Rezabas.—27. Nombre femenino.—29. Nombre de pueblo de la provincia de Segovia.—32. Nota musical.—35. Gastar.—42. Nota musical.

CARMEN PEREDA.—Catorce años, y
MARY HUGAS.—Catorce años.
Madrid.

94. P. Sección B.

QUINTA SERIE DE CONCURSOS

FALLO DEL JURADO

Con la debida oportunidad han sido examinados los trabajos de esta quinta serie de concursos, correspondientes a los números 17, 18, 19 y 20, y, según aquel examen han sido adjudicados los premios a los Pinochistas siguientes:

Primer premio:	Rosario Moreton Merino. (Valladolid, Puente Dorada, 6.)
Segundo —	Pilar Gillis Yuste (Guernica, San Roque, 1.)
Tercer —	Encarnación Ramos Guerbós. (Málaga, Madre de Dios, 40.)
Cuarto —	Asunción Pérez González. (Madrid, Segovia, 29.)
Quinto —	Juan Carreño. (Plasencia, Cáceres.)

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

Ayuntamiento de Madrid

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-: HISTORIETAS :-: CHISTES ILUSTRADOS :-: CHISTES SIN ILUSTRAR :-: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

Chiste.



¿En qué se parecen los huevos, los soldados y los moros?
En que se batén.

LUIS SANZ.

Ocho años. Valladolid.

140. CHI. Sección A

La paloma salvadora.

Juanito era un niño muy bueno. Tenía una infinidad de palomas, de las que cuidaba cariñosamente.

Todos los días iba a pasear a un jardín que estaba cerca de la casa; un día se le acercó una vieja diciéndole que si se iba con ella le daría dulces y caramelos. Juanito, que era un poco glotón, se dejó guiar por la vieja (que no era otra que una ladrona de niños), que, tapándole la boca, lo metió en un automóvil, conduciéndolo a un viejo molino y encerrándolo en un torreón.

Pasados algunos días, y cuando el pobre Juanito estaba tristemente sentado al lado de la ventana del viejo torreón, parecióle oír ruido de alas, y en efecto, vió que una paloma se posaba en la reja de la ventana; cuál no sería su alegría al ver que la paloma que él llamaba la «reina del palomar», rápidamente cogida, la acarició cariñosamente; luego soltóla un momento, y cogiendo un lápiz, rompió su camiseta, y escribió en un pedazo: «Mamá, estoy prisionero en el molino viejo, ven a salvarme.» Luego volvió a coger la paloma, y con otro pedazo ató el escrito a una patita de la paloma, y dándole un beso, la soltó.

Al día siguiente, el molino de la pícara vieja era rodeado de policía; a los pocos momentos Juanito besaba a sus padres, y con los ojos bañados en lágrimas, maldecía la pícara glotonería. Y mientras, la vieja bruja era conducida a la cárcel.

EMILIO BUELA.

Nueve años. Pontevedra.

51. C. Sección A.

El pobre.

Era una vez una familia que se componía de padre, madre, un niño y una niña; el niño era malo, pero tenía buen corazón; y la niña era muy buena.

Esto es que un día salieron a pasear, y fueron paseando hasta llegar a un bosque; entonces vieron entre los árboles a un pobre anciano que tiritaba de frío.

El niño se rió de su temblor y dijo dirigiéndose a su padre:

—Papá, ¿no veis cómo tiritaba ese mendigo?

Su padre le dijo:

—Hijo mío: ve y da a ese mendigo esta peseta.

El niño, después de mirar la peseta, dijo:

—Padre, ¿no sería mejor darle el abrigo que usted lleva?, pues con esta peseta el pobre no podrá llegar al pueblo.

El padre dijo:

—Hijo mío: ve y dale el abrigo.

Entonces, la niña, que no había hablado, dijo:

—Papá, preguntaremos si tiene hijos, pues no deben tener dinero y deben ir medio desnudos.

Avisaron al hombre y le dijeron si tenía hijos, el hombre lo afirmó y los fueron a buscar. Eran dos lindas niñas rubias y graciosas. Se las llevaron a su casa y las cuidaron bien. La madre de los niños hizo buenos pasteles y demás golosinas, de que las niñas abusaron demasiado, y les dió un dolor de vientre.

No debemos ser golosos.

ANTONIA FREISGA.

Diez años. Reus.

52. C. Sección B.

El pastor y el huevo.

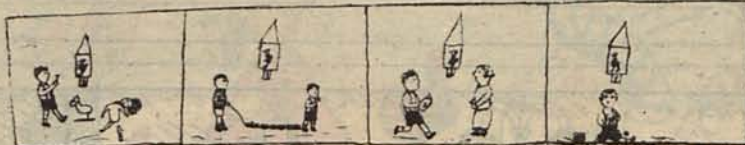
Este era un pastor muy bobo que no quería más que ser rico para estar siempre comiendo, que era lo que más le gustaba en el mundo; como era tan bobo, pues creía en brujas, y se fué a ver a una vieja que vivía en una cueva muy lejos, y que por una peseta les anunciaba cosas maravillosas a los tontos como él; pues andando, y sin almorzar que iba, por la bulla llegó a la cueva de la vieja, y le dijo que le daba una moneda de oro que tenía si le decía el modo de hacerse rico, y la vieja, que era muy avarienta, para quitárselo de encima y ganarse la moneda, le dijo que se fuera hacia su casa mirando para el suelo, y que se encontraría una cosa cerrada, que la abriera con cuidado, que dentro tendría la fortuna. Así lo hizo él tan alegre, y lo primero que se encontró fué un huevo, y como tenía tanta hambre, se lo comió; pues llegó hasta su casa mirando para el suelo, y al no ver nada, volvió furioso a reclamarle a la vieja; pero con el huevo se había manchado el bigote, y ella que se lo vió y era muy tunanta, le dijo para salvarse: «Idiota, te has comido el huevo y dentro estaba la fortuna; lo abriste sin cuidado y te la has tragado.» Y bobolín el pastor todavía está llorando por la fortuna que se tragó.

EMILIA DÁVILA.

Once años. Sevilla.

53. C. Sección B.

Historieta.



Le he dado para un [bizocho] tren. y se ha comprado PI- [NOCHO].
Y su mamá le ha sus- [crito] porque dice es muy bo- [nito].

PEPITA BALDOSANO.

Ocho años.

54. H. Sección B.



—Buenos días, Currinche. —Vamos al teatro, Currinche. —¡Qué bonito, Currinche!
—Buenos días, Don Turulato. —Vamos al teatro, Don Turulato. Don Turulato.
M. S. CANTILLO.
Once años. Sevilla.

55. H. Sección B.



—Huye, Pe- rico. —Que me prestes cinco cuando me marchó, amigo mío.
—¿Qué duros quieres, José?
ISABEL LASTRES
Alicante. Diez años.

56. H. Sección B.



El retrato de Pirula.

PILAR GILLIS YUSTE.

Trece años. Guernica

443. D. Sección B.

Las tres cosas más difíciles.

Esto era un rey que tenía una hija llamada Rosaira. El rey quería casarla, para lo cual mandó un pregón diciendo que los príncipes que quisiesen la mano de la princesa debían ir a palacio, y allí les harían hacer tres cosas a cual más difícil.

Muchos fueron los príncipes que fueron, y entre ellos, el príncipe Roberto, que estaba muy enamorado de la princesa.

Después que todos los príncipes fueron vencidos, pues las cosas eran muy difíciles, le tocó a Roberto.

La primera cosa era llevar a pacer al campo los cien conejos del rey.

Roberto quedó pensativo y se fué al campo, donde vió a una viejecita cargada de un haz de leña. El príncipe al verla, llevado de su buen corazón, fué y le dijo que desearía ayudarla a llevar el haz de leña. La vieja entonces, que era un hada, dijo que por qué estaba tan afligido, y el príncipe se lo contó. Entonces el hada le dió un cuerno de oro, y le dijo que con él podía llevar a los cien conejos a pastar al campo; nada más que, cuando se escapen, con tocar el cuerno bastaba.

Como ya era hora de llevar a pacer al campo a los cien conejos, fué y los sacaron de las jaulas y echaron a correr con todas sus fuerzas; entonces el príncipe corría tras ellos, y cuando ya estaban en el campo, tocó su cuerno y todos vinieron y el príncipe los llevó a palacio. Allí fué muy felicitado por todos, y quedaron en que al día siguiente fuera la segunda cosa, que consistía en guiar a los cien canarios de la princesa, cosa que Roberto hizo muy bien con su cuerno de oro.

La tercera cosa era llenar un saco de mentiras, para lo cual Roberto empezó por contar muchísimos chismes, pero el saco no se llenaba nunca; pero se le ocurrió decir que a Su Majestad le había dado un puntapié, y el rey dijo que esa mentira bastaba para llenar el saco, y los príncipes se casaron.

Y colorín, colorín;
mi cuento llegó a su fin.

MARÍA ALEU

Once años. Madrid.

54. C. Sección B.

La niña desaplicada.

Pues, señor, esto era un matrimonio pobre que vivía en una casita, y la pobre mujer se quedó viuda con una niña de unos cuatro años de edad, y la niña iba al colegio, o escuela, que dicen en los pueblos. La niña era muy desaplicada y un día la mamá le dijo: El día que aprendas a leer te compro el periódico PINOCHO, y la niña, como había oído las preciosísimas aventuras de Pinocho, aprendió a leer, y así su mamá le compró PINOCHO y la niña siguió muy aplicada, y así su mamá le compraba PINOCHO todas las semanas.

Y colorín, colorado,
mi cuento se ha terminado.

ANTONIO ALEU
Diez años. Madrid.

55. C. Sección B.

HISTORIETAS

CHISTES

¿Por qué llevan la cruz en las procesiones?

Pues porque no puede ir sola.
MANUEL GIMÉNEZ.
Nueve años. Madrid.

27. CH. Sección A.

Le pregunta Juanito a Pepito: ¿En qué se parece un zapate-ro a un pellejero?

No responde Pepito.
—En que hacen los dos botas.
LUIS HURTADO.
Ocho años. Madrid.

28. CH. Sección A.

¿En qué se parece un pájaro a un aeroplano?
En que los dos vuelan.

¿En qué se parece el hierro a un boxeador?
En que los dos son fuertes.

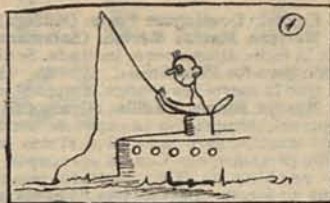
MARGARITA FUENTES.
Trece años. Sevilla.

29. CH. Sección B.

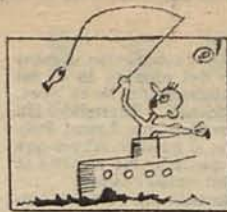
¿Cuál es el colmo de un guar-dia de porra?
Hacer parar la sangre de una herida.

M. HERAS.
Doce años. Madrid.

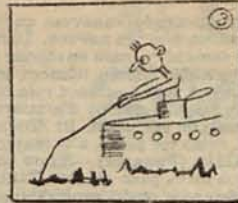
30. CH. Sección B.



Una mañana Supino fué a pescar en submarino.



Cogió un pez regularcillo y lo metió en el cestillo.



Tiraba del anzuelito y no salía el pececito.



Era una ballena [enorme] que se tragaba a los [hombres].



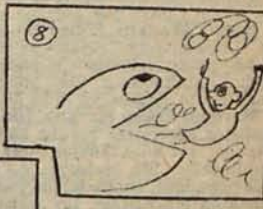
Y se tragó a Supinito como si fuera un perrito.



Estaba en el barri-gón como en un lindo sa-lón.



Y como era un gran pilla, se puso a fumar pitillos.



Y molesta la ballena decidió arrojarlo fuera.

57. H. Sección B.

Ciro.—Doce años. Sevilla.

Diálogo infantil.

—Oye, Pepito; ayer me ocu-rrió una cosa muy graciosa.

—Cuenta, Antonio.

—Verás: iba yo por la plaza de San Francisco, cuando pasó un caballero, a quien sin querer le pisé un pie.

—Le dirías que dispensase.

—Sí.

—Y él, ¿qué hizo?

—Darme una perra chica y decirme que yo era un chico muy bien educado.

—Y tú, ¿qué hiciste enton-ces?

—Le pisé el otro pie.

—Y él, ¿qué te hizo?

—Darme un garrotazo.

MARGARITA FUENTES.
Trece años. Sevilla.

35. CH. Sección B.

—Dime, Ruperta; ¿tiene el carnicero pies de puercos?

—«Pus» no lo he visto. Tiene los zapatos puestos.

—No tolero más torpezas. Si usted no se enmienda tomaré otro criado.

—No estaría de más, porque aquí hay faena para dos.

—Mamá, tienes que llevar bombones al parque.

—¿Para qué?

—Por si me entran ganas de llorar.

LUIS ENGEL.
Málaga.

36. CH. Sección B.

Nuevos bañistas.

Poldín no ha visto nunca el mar. Un día sus papás le llevan a Barcelona y visitan el puerto.

—Oye, papá; mira cuánta lo-comotora que se baña.

MANUEL COCHO.
Trece años. Madrid.

37. CH. Sección B.

¿Cuál es el oficio más fácil? El de aviador, porque se aprende «volando».

MERCEDES CEBRIÁN.
Diez años. Madrid.

38. CH. Sección B.

¿Cuál es el colmo de un ca-marero? Echar café en la copa de un árbol.

FAUSTO PALACIO.
Once años. Zamora.

39. CH. Sección B.

En casa del dentista.

—¿Cuánto cuestan las ex-tracciones?

—Sin dolor, dos pesos, y con dolor, un peso.

—Con dolor. Ahí va un peso

—Es usted un valiente, ca-ballero.

—No. Es que la de la extrac-ción es mi suegra. (Aproximán-dose a la sala de espera.) ¡Pue-de pasar, doña María!

JESÚS BRUN.

Once años. San Sebastián.

40. CH. Sección B.

Alaluya del valiente Don Vicente.

Don Vicente, muy valiente, cruza a la acera de enfrente.

Y un tranvía le atropella y el pobre ve las estrellas.

Lo llevan al hospital y allí se encuentra muy mal.

Y acaba, al fin, Don Vicente muriéndose de repente.

PILAR GÓMEZ JORDANA

Diez años. Madrid.

41. CH. Sección B.

De exámenes.

El profesor.—¿Qué es línea recta?

El alumno.—La más corta distancia de un punto a otro.

Profesor.—Siendo la más corta distancia, se recorrerá más pronto. ¿No es así?

Alumno.—Sí, señor.

Profesor.—Por ejemplo: si usted tuviera que ir desde la Puerta del Sol a los Cuatro Caminos, ¿cómo llegaría más pronto, tomando la recta de la calle de la Montera o yendo por la Puerta de Hierro y la Dehesa de la Villa?

Alumno.—Tomando la calle de la Montera. Y más pronto, tomando el «Metro».

ANGELINA ALEMANY.

42. CH. Sección B.

El maestro.—La voz burro, ¿es verbo?

Alumno.—Sí, señor.

M.—¿Puede conjugarse?

A.—Ya lo creo.

M.—Conjúguelo.

A.—Yo burro, tú burro... él burro.

M.—Si; hasta el maestro que saca tales discípulos.

RAFAEL NARBONA.

Doce años. Córdoba.

43. CH. Sección B.



Historia que vais a ver en menos de un dos por tres.



Currinche fué a ver una co-rrida, y salió de afición el alma hen-chida.



Al ver D. Turulato entu-siasmo tal, sintió una alegría sin igual.



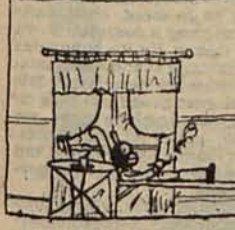
Y a Currinche le dijo pla-centero: no te faltará nunca dinero.



Currinche al ver de su amo [protección tan decidida, coge los trastos y contrata [una corrida.



El empresario de Torrejue-los, para comprar seis toros, ven-dió su hacienda y su dinero.



Llegó el día de la fiesta, y Currinche durmió la siesta.



Y a la plaza se ue tan de-icidido, que nadie imaginó lo sucedi-do.



Salió el toro con una inten-ción tal, que a Currinche le partió la [femoral.

58. H. Sección B.

OSCAR LÓPEZ.—Once años. Vitoria.

¿En qué se parece un botica-rio a un cajón viejo?
En que sirve p'astillas.

GUILLERMO GULLÓN.
Once años. Madrid.

31. CH. Sección B.

¿Cuál es el colmo de un guar-dia de porra?
Parar una pildora en la boca del estómago.

JOSÉ ROVIRA GUÉLL.
Diez años. Barcelona.

32. CH. Sección B.

¿Cuál es el colmo de un som-brero?
Hacer hongos y que se le vuelvan setas.

ANTONIO SÁNCHEZ.
33. CH. Sección B.

Un guardia le dice a otro:
—¿Sabes quién cometió el robo de anoche?

—No sé nada.

—Pues yo tampoco lo sé.
CONCHITA ORIA.
Santander.

34. CH. Sección B.

CORRESPONDENCIA

Carmelo Blanco.—Sigo llamando «nuevos» cupones de concurso a estos cupones que ya, la verdad, no son tan nuevos. Datan del número 18 de mi Revista, y cualquiera de éstos sirve para enviarme colaboración. No es, pues, necesario que el cupón sea del último número publicado. ¿Entendido? En cuanto a la tinta, con que sea negra—nunca roja ni verde—, me basta. Puedes enviarme trabajos semanalmente, y diariamente, si quieres. Ahora que siempre, en todo momento, con su cupón. El dibujo que hoy me remites se publicará en PINOCHO, como me pides, a la mayor brevedad posible.

Demetrio y Juan A. Valdés. (Panamá).—Estoy encantado con vuestros trabajos. Comprenderéis que no es para menos. Tanto vuestros dibujos como todo lo demás viene a ser de una perfección adorable, admirable, magistral. ¡Oh, mis buenos amigos! Me pedís encarecidamente os conteste aquí, públicamente, en esta página, y nada más grato para mí que decir aquí, a los cuatro vientos, que vuestras obras quedan admitidas por una razón sencillísima: porque son estimables.

Y nada más por hoy. Recibid un abrazo de mi particular pertenencia, otro de Pirula y otros dos, además, de Don Turulato y Currinche.

Jaime Caballero. (Tenerife).—No, Caballero. El cupón que me mandas con tu simpaticísimo «indio» no es, como supones, de los viejos. Todos los que vengo publicando desde el número 18 son cupones nuevos, de una gran novedad. Cualquiera de ellos puede servirte para enviarme colaboración. En cuanto a tu «indio», ya lo he dicho: es muy simpático y se publicará.

Mariano Bueno Serrano. (Barcelona).—No he contestado en este sitio a tus trabajos anteriores porque suponía que tú, con tu gran talento, habrías de suponer que unos dibujos como los tuyos, tan magníficos, eran plenamente publicables. Sin embargo, accediendo a tus deseos, vengo a comunicarte lo que presumo, sin duda: tus trabajos saldrán en PINOCHO, tus trabajos me gustaron muchísimo, tus trabajos son, como tuyos, excelentes. Y esto no es sólo una afirmación mía, particular y exclusiva. Lo mismo te diría Pirula, idénticas palabras escribiría Don Turulato, parejas aseveraciones haría el simpático Currinche. Estoy por asegurar que Chapete, no obstante la inquina que le tiene a los Pinochistas, no tendría más remedio que rendirse ante la evidencia y coincidir, en este caso, con Pinocho, Pirula, Currinche y Don Turulato.

Mercedes Rey. (Blarritz).—Desde la azotea de mi palacio, encaramado en la balaustrada, ondeo mi pañuelo, Merceditas—el pañuelo que me regaló Pirula, preciosísimo, bordado con rosas rojas, amarillas y verdes—, ondeo mi pañuelo, digo, para saludarte a distancia, Merceditas. Tus versos, que he publicado, como has visto, encerrados en un marco, han obtenido un éxito rotundo. Tus dibujos, los que han salido ya, han conseguido elogios innumerables. Por estos elogios y por aquel triunfo, acabo de dejar, por unos momentos solamente, mi redacción, y he subido a esta azotea de mi palacio para alentarle, para felicitarte, para saludarte. ¿No me ves? Estoy seguro de que me ves. Pero tengo que bajar rápidamente. Está lloviendo. Y no siento que el agua borre mis colores, deslustre el azul de mi casaca o hinche el pinto de mi cuerpo. Mi única preocupación es este pañuelo de Pirula, que ondeo ahora, y cuyas rosas, rojas, amarillas y verdes, comienzan a llenarse de agua. ¡Adiós! ¡Adiós, Merceditas! Recuerdos a Buby y a Cucha.

Nati Jiménez del Olmo. (Sevilla).—¿Cuál es el día de Pinocho? ¿Mi día? Has buscado en el almanaque y no me has encontrado en él. Lo comprendo. ¿Sabes por qué no me has encontrado? Por una razón sencillísima: porque no estoy en el almanaque. Quieres saber el día de mi santo, según dices, para hacerme un regalo. Muchas gracias. Como muñeco que soy, querida Nati, no puedo tener nombre de santo, no debo tener nombre de santo. Ahora que eso no es óbculo para que yo tenga mi día, o mejor dicho, mis días. Y mis días son, precisamente, 365, justamente los que tiene el año. Todos los días de la semana son míos, y todos los días del mes, y todos los días del año. Y tengo tanta suerte, que todos los días me regalan: Pirula, los lunes, miércoles y viernes; Don Turulato y Currinche, los martes, jueves y sábados, y el Barón de la Castaña, los domingos. Creo que no merezco tanto, pero así es. En cuanto a tu regalo, al regalo que tú podrías hacerme..., ¿qué voy a decirte? Yo no quiero de ti, como de todos los Pinochistas, otro regalo que no sea vuestros trabajos, vuestros cuentos, vuestras historietas, vuestros chistes. Tanto como el ramo de flores que me trae Currinche—ya sabes en qué días de la semana—, estimo vuestras manifestaciones de afecto. Con esas manifestaciones me siento agasajado, homenajado, regalado... De todas formas, gracias, Nati; muchas gracias.

Dolores Salgado. (Madrid).—Tus dos dibujitos me han gustado mucho, muchísimo, tanto como tu carta, que ya es gustar. Tus dos dibujos saldrán en la revista, conforme les llegue su turno. Y ya sabes: puedes enviarme todo cuanto quieras, pues si lees la carta anterior, que dirijo a Nati Jiménez, verás en qué consiste mi única y particular alegría. Pirula leyó tu carta, y se emocionó—tiene un corazoncito tan blando, aunque de madera, tan tierno, tan sensible—. Pirula se emocionó y me encargó con muchísimo interés te escribiera estas líneas. Así lo he hecho, no sólo por obediencia a Pirula, sino también porque yo tenía muchos deseos de escribirte, Dolores.

Jorge Graells. (Barcelona).—Tranquilízate. Durante tu ausencia no se ha efectuado el sorteo. Hubiera sido posible? Esperábamos que regresaras a Barcelona, y ya que estás ahí, dentro de muy poquito tiempo daré las órdenes oportunas. Ahora, si; antes, imposible. Ya ves si te estimo.

Enriqueta Otero Salamanca. (Sevilla).—Mucho me gustaron tus trabajos; mucho, también, tu carta. Si fuera posible—que no lo es, claro—, incluso publicaría tus líneas. ¿Estoy loca con Pinocho?, dices, y después, al final casi: «Pirula me hace trabajar lo indecible y se lo agradezco, pues estoy aprendiendo muchas cosas bonitas. ¡Qué lista es Pirula! ¡Cuánto la quiero! No tendré que decirte, pues tú puedes adivinarlo, cómo agradezco estas manifestaciones, estas efusiones. Me alegran extraordinariamente, me trastornan.

Encarna Villar, Carmen Lejarraga, Elisa López, Pepita Villar, Carmen García. (Carabanchel Bajo).—Perdonadme, amiguitas mías, perdonadme. Mi falta es muy grave, lo confieso; pero confío en vuestra indulgencia. Si puse Madrid donde debía poner Carabanchel Bajo, no fué culpa mía, y si fué culpa mía, no merece esta confesión que hago en público un rápido perdón? Os prometo no confundir más Carabanchel con Madrid, y os prometo colocar al pie de vuestros trabajos, el nombre del lugar de vuestra residencia. Cumpliré mi palabra. Palabra de honor.

Vicente Castilla. (Madrid).—¡Magnífico «Studebaker»! Digno de aparecer en Pinocho. Hermoso, confortable, admirable. Te felicito, Vicente.

Antonio Garrido Blanco. (Madrid). Si tus dibujos hubieran llegado en buen estado, es decir, a tinta, hubieran corrido la misma buena suerte que los demás. Pero... la memoria, la flaca memoria de los Pinochistas. ¿No se puede ser inteligente, ingenioso, me pregunto, sin ser, al mismo tiempo, un desmemoriado? Estos olvidos, estas ligeras pifias, me conducen a conclusiones absurdas, inconcebibles, inadmisibles.

Gloria Hernández del Portal. (Buenos Aires).—Acabo de recibir tu carta juntamente con tus estupendos trabajos. Nada debo agregar, pues ya conoces el éxito que obtiene la Argentina con sus colaboradores en esta Revista. Y referente a los versos..., ¿qué voy a decirte? No pueden disgustarme, no pueden causarme otra cosa que alegría y satisfacción. Tus versos son muy buenos, y tu intención, desde luego, bonísima. Todo ello me agrada, amiga Gloria, todo, todo. Y se publicará.

Antonio Ramírez Sandoval. (Barcelona).—Bien. Admitido. Eludo elogios. Para decir todo lo que tú mereces habría de llenar toda esta página.

Eugenio Domínguez Yuste. (Málaga).—¿Y el cupón?

Mariano Macías Merino. (Salamanca).—El sorteo de regalos se efectuará en la fecha últimamente indicada. Será un día de suprema alegría y expectación para los Pinochistas.

Que la suerte sea contigo, amigo Mariano.

Marija Blanco Padilla. (Granada).—Puedes mandarme cuantos trabajos quieras, siempre con su cupón de Concursos. Los beneficios de la suscripción son muchos; pero entre ellos, el más importante corresponde a la colaboración precisamente. Con un solo cupón el suscriptor puede enviarme un cuento, un chiste, un chiste ilustrado, una historieta, un dibujo, un problema. Los que no son suscriptores han de enviarme un cupón para cada cuento, chiste, etcétera, etc., que me remitan. Esto constituye, como ves, una ventaja enorme para el suscriptor, sin que ello quiera decir que aquellos Pinochistas no suscriptores, simples lectores de PINOCHO, se hallen desamparados. Nada de eso.

Antonio M. Serrano.—Puedes enviarme trabajos con el cupón del número 18 de mi Revista, y con los del 19, 20, 21, etc., etc.; pero no con los anteriores al 18. Bien está con tu tinta negra tu dibujo. Bien tu deseo de suscribirte a PINOCHO. Si lees la carta que dirijo a Marija Blanco Padilla, Pirulina granadina, podrás advertir los beneficios que obtendrás con la suscripción en este particular asunto de la colaboración pinochista.

Te felicito por tus obras, amigo Antonio.

Mándame cuantas cosas quieras, que yo sabré corresponder a todo lo que delata tu carta.

Elena Martínez Carvajal. (Sevilla).—¡Oh, admirable Elena, extraordinaria Pirulina! He leído tu carta, he visto tu dibujo, he gozado mucho, muchísimo, con tu cuento. Mi página de correspondencia, por lo que veo, se está convirtiendo en la página de los elogios. Y ello no es debido a mi tolerancia. Todo lo contrario. Se debe a vosotros, a todos los Pinochistas, que son, como tú, excelentísimos... dibujantes, graciosos chistófilos, etc., etc.

Y no quiero seguir. Recibe mi felicitación y comunico a Pedro, tu hermanito, que puede remitirme cuantos trabajos quiera. ¡Adiós!

A mis queridos concursantes (de los cuatro Puntos Cardinales).—En los cupones de concurso hay un hueco por llenar, precedido de las palabras siguientes: *cuyas señas son*. Pues bien, algunos Pinochistas, por equivocación, llenan el referido blanco con sus señas particulares o personales. Así me llegan cupones redactados de esta forma: y *cuyas señas son*: «pelo negro, ojos del mismo color, nariz fina, etc., etc.». Y esto no debe ser así. Se refiere al domicilio, y no al color; al nombre de vuestra calle, y no a la forma de vuestra nariz. Es conveniente para vosotros que yo sepa vuestras señas, esto es, vuestra dirección. Lo demás, aunque me interesa, por tratarse de vosotros, no me interesa tanto.

Alfonso Bermúdez. (Gibraltar).—Como tus dibujos llegaron en color, como tus dibujos llegaron, además, sin su cupón correspondiente..., me veo en la precisión de apartarlos y en la necesidad, al mismo tiempo, de aconsejarte me remitas los trabajos con arreglo a las condiciones generales de concurso. Si se trata de dibujos, siempre con tinta negra; sea el trabajo que sea, siempre con su cupón. No debo dejar de indicarte que tus dibujos, aparte estas dos faltas que imposibilitan su publicación, me agradan muchísimo.

Angelita Omedo Serrano. (Valencia).—Tampoco puedo publicar tus trabajos: vienen a lápiz. Tinta negra.

Eugenio Laza Maciá. (Barcelona).—En esta misma página digo a Jorge, Pinochista barcelonés, dos palabras sobre el sorteo de regalos. Léelas.

Mariquita Salas. (San Sebastián).—Contentísimos. ¿Un cuento? Lo que quieras, Mariquita. Pero no olvides el cupón.

Ricardo S. Ruiz. (Santa Marta).—No hay que ser tan modesto, Don Ricardo. Tus chistes son excelentes y saldrán en mi revista.

Mariano Urdian. (Madrid).—Imposible. Pero imposible. Travándose de ti, de un Pinochista singular, y de tus trabajos, de unos trabajos admirables, imposible, querido Mariano, imposible! Ten por seguro que tus trabajos no llegaron aquí, o, en último caso, si llegaron a mis manos, están muy próximos a salir en mi Revista. Lo que hoy me mandas merece el honor de mi elogio. Escojo la historieta, un dibujo—la Virgen—y el chiste ilustrado. Te supongo perfectamente restablecido, gozando de una salud excelente. Me alegro. ¡Lástima que tu anterior no llegara a mis manos! En cuanto a la suscripción, no es preciso que esperes a fin de año. Puedes suscribirte ahora mismo. Trimestres, desde luego no existen. Tu decidrás.

Juan Antonio Salcedo. (Almería).—Debo confesarte mi deseo de verte contento. Si exigo un cupón por cada trabajo es, precisamente, en vuestro beneficio, que no en el mío. Exigiendo cupones, —única forma, además, de reconocer al verdadero Pinochista—, ando apuradillo para publicar la colaboración con relativa rapidez. Si no lo exigiera, no andaría apuradillo, sino imposibilitado para publicar tantos trabajos como se me vendrían encima. Todas las condiciones de concursos están redactadas con el deseo ferviente de favoreceros y alegraros. Y es lástima que tú, tan listo como eres, no quieras reconocer mi intención, siempre favorable a vosotros.

Juan Alarcón Campillo. (Granada).—Hay que ser suscriptor para enviar con un solo cupón trabajos para todos los concursos. De aquellos que hoy me envías, escojo el mejor: la historieta.

Amalita Casas Benítez. (San Sebastián).—No me gusta sacar a la calle mi pequeña vida. Cuento mis aventuras, cuento mis hechos heroicos, y nada más. Preguntarme qué como, cuáles son mis preferencias en la mesa, no es interrogación que me seduzca. Sin embargo, sucintamente voy a contestarte, ya que quieres saber de mí en ese terreno: Soy de poco comer. En los banquetes que me han dado he procurado complacer a todos comiendo abundantemente, pero sin llegar, desde luego, a la glotonería. No acostumbro desayunar. Mis preferencias van encaminadas hacia los dulces y mi gran predilección se cifra en las frutas. La chirimoya es mi pasión. Con todo, como he dicho, me mantengo en una prudencia exquisita. Don Turulato, que es mi polo opuesto en cuanto a ganas y maneras de comer, me advertía que no debía ser tan parco y frugal en mis comidas. Pero yo sé lo que me hago. Creo que una persona que se estime no debe comer más que lo suficiente.

Edelberto Soto J. (Panamá).—Muy bien. Muy bien tus chistes, y muy bien tu carta, y muy bien tu entusiasmo. Aquellos se publicarán, ésta la conservaré y este último—tu entusiasmo—procuraré fomentarlo en la medida de mis posibilidades.

Ana María Bejarano. (Córdoba).—Tu cuento está bien, perfectamente bien; pero me permitirás que le cerce unas cuantas líneas del final. No son convenientes.

Antonio Gómez Oteyza. (Barcelona).—No puedo acceder a tus deseos. Semejante novela, aunque sea, como sin duda será, excelente, no podría publicarla. Muy larga, extensísima. En cambio, tu dibujo correrá buena suerte. Lo publicaré.

Antonio Garrigues Maldonado. (Coruña).—No llevas razón. No publiqué tu trabajo por dos razones esenciales que vine a decirte en mi última carta particular. Vieron a lápiz y sin cupón. Todo Pinochista, por el solo hecho de serlo, tiene derecho a publicar en mi Revista, siempre que se ajuste a las condiciones de concursos. Los suscriptores gozan de ciertas preferencias; pero ello no quiere decir que sólo a ellos se les publique colaboración. Mándame cuantos dibujos quieras, a pluma y con su cupón correspondiente, y verás cómo te demuestro lo anteriormente dicho. Te espero con verdadera impaciencia.

Andrea Benítez Casapalma. (Córdoba).—Muy bien tu cuento. Publicable, admirable. Aceptado.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 35
El Pinochista D.

de _____ años, y cuyas señas son _____

remite un trabajo para el Concurso de _____ (1).

Fecha _____ (Si es suscriptor, poner el número _____)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Léed bien las condiciones: si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

¿SABÉIS POR QUÉ?

¿Por qué late el corazón?

Aunque oigamos decir con relativa frecuencia «Fulanito no tiene corazón», es lo cierto que Fulanito, como Zutánito y como Perengánito, tienen, más grande o más pequeño, su corazón correspondiente. Precisamente es el corazón, entre todos los órganos de nuestro cuerpo, el más indispensable. Quien procura tener sano su corazón se asegura, desde luego, una larga vida. Hay que conservarlo, porque viene a ser, juntamente con el cerebro, el centro de nuestra vitalidad.

Lo que más admira en el corazón es, precisamente, su independencia. El corazón late tranquilamente sin preocuparse, al parecer, del resto de nuestro cuerpo. Late independientemente del cerebro, por propia fuerza de sus músculos. Así ha venido a observarse el siguiente experimento: Si cogemos una rana y le damos una muerte rapidísima, tendremos tiempo para tomar su corazón y ver que sigue latiendo naturalmente, tranquilamente, como si nada le hubiese ocurrido al cuerpo a que pertenecía. Esto viene a demostrar que la fuerza que mueve el corazón radica en éste mismo. Pero es más: si a ese corazón, o a otro, el de un conejo, por ejemplo, una vez arrancado, le aplicamos unos tubos que reemplacen los vasos venosos y arteriales, y hacemos circular por aquellos tubos líquidos que contengan sal común, veremos con sorpresa que ese corazón continuará viviendo, latiendo, horas y horas, incluso días, con absoluta independencia.

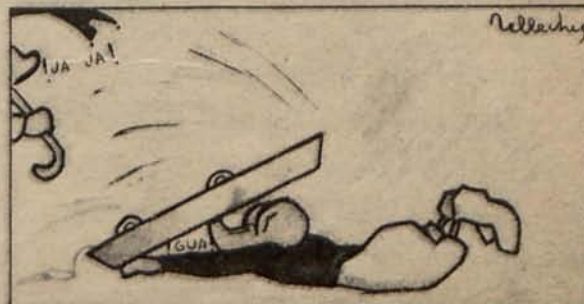
Tales experiencias vienen a ser en extremo beneficiosas. El animalito que escogimos para tal estudio sufre escasamente, porque una vez sin corazón muere. Y vienen a ser beneficiosas aquellas experiencias, repito, porque facilitan considerablemente el estudio del corazón. Así ha llegado a saberse con absoluta seguridad cuáles sustancias son nutritivas para ese órgano y cuáles, en cambio, le son nocivas o perjudiciales. El azúcar viene a ser un excelente alimento para el corazón, mientras que el alcohol le es perjudicial en extremo.

¿Por qué tenemos nombres?

No deja de ser una comodidad que cada uno de nosotros, sin excepción, tengamos nuestro nombre correspondiente. Todas las cosas han de tener una denominación, propia o común, pues de otra forma, andaríamos en el mundo con ciertas dificultades. Tendríamos, en último caso, que designarnos por números, y nos veríamos obligados a escribir en el sobre de una carta: «Sr. D. 3421», y en el interior, en la epístola: «Mi querido 3421». Convengamos en que ello no es bonito. El almanaque vendría a ser una tabla de logaritmos, y nuestra cabeza se llenaría de cifras. Es, pues, una invención admirable la del nombre, y éste ha ido aumentando a medida que hemos descubierto cosas y más cosas. El hombre cazaba, por ejemplo, una clase de pájaros, hasta entonces desconocidos, y le colocaba su nombre para distinguirla de las demás clases que ya le eran familiares. Y así hizo con el árbol, con la planta y con el mineral. Inventó un objeto, el hacha, y le puso su nombre.

Descubrió un terreno, y lo designó con otra palabra. Así fué haciendo distinciones, marcando con un solo vocablo las diferencias habidas entre unas y otras cosas. De donde se ve que el nombre viene a llenar una necesidad y que viene a ser, por ello, indispensable. Como los Pinochistas son muy cultos, no tendré que decir que los nombres, por su mayor o menor alcance, se dividen en propios y comunes. Todos, sin excepción, saben que el nombre propio se refiere a algo especial, único, de lo cual no existe más que un solo ejemplar—por ejemplo, Salamanca—y que el nombre común viene a designar cosas de las cuales hay muchas—por ejemplo, silla—. Pero lo que quizás no sepan los Pinochistas es que ciertos nombres vienen a explicar, con más o menos extensión, la cosa designada, y que otros, en cambio, no aclaran lo que la cosa sea en sí. Lo más frecuente es esto último. El nombre, muy escasamente arroja claridad sobre lo nombrado. Pero ello no resta utilidad al nombre, que viene a ser, como hemos dicho más arriba, indispensable.

HAZANAS DEL RATON DON ROQUESSO





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA

Vestido para baile infantil.—Yo tengo una amiguita que es una preciosidad —como todas mis lectoras, por supuesto—, y se llama Merceditas.

Esta Merceditas se hallaba hace poco veraneando en Biarritz, y allá me fui yo a visitarla. Precisamente el día que yo llegué —que era un jueves—, se daba en el casino un baile infantil, al que asistí, encantada de verme rodeada de niñas y niños, que es lo que más me agrada en el mundo.

No podéis figuraros, lectorcitas queridas, cuánto me acordé de vosotras al ver a aquellas niñas tan monas que bailaban y se divertían.

Y tanto y tan bien me acordé de vosotras, que se me ocurrió copiar un modelito de traje que me gustó, muchísimo para que os hagáis otro igual, para la primera fiesta a que concurráis. Este traje es de crespón «Georgette» —también puede hacerse en muselina o vuela de seda o en tul— azul claro, sobre un viso de «tafetetas» azul fuerte. Las cintas de color rojo «etrusco»



o rosa de China, que adornan el cuerpo, van pegadas al viso; de esta manera solamente sobresale el lazo con sus caídas; lo demás, se ve a través del crespón, lo cual resulta delicadísimo. Las gruesas rosas están hechas con cintas igual a la del cuerpo, ribeteada con un tenue vivo azul. El peso de estas flores forma un delicioso contraste con la vaporosa ligereza del crespón, y da al vestido una caída perfecta.

Un cortapapeles.—¡Cuidado que es *Cucha* impaciente e impulsiva! Le han regalado un libro de cuentos en rústica, y con la prisa de leerlos, en lugar de pedir a su mamá que le preste un cortapapeles, se ha apresurado a cortar las hojas... con el dedo. ¡Pobre librol, ¡bonito ha quedado! *Cucha*, compungida, piensa en el triste efecto que producirá el tomo de cuentos así estropeado, entre su colección de libros cuidadosamente guardados en la originalísima librería que le han mandado hacer sus padres, copiada de un grabado de la «Sección Pirula» (1), y que parece una casita de muñecas. No; *Cucha* no volverá nunca a cortar con el dedo las hojas de un libro, tanto más cuanto que desde ahora tendrá —ni más ni menos que todos vosotros— un precioso cortapapeles de su propiedad, idéntico al modelo adjunto, fácil y barato de realizar con una fina tablita de madera, pintada, según indica el grabado. ¡Pero si es Pinocho!, si, es él!; el héroe valeroso y magnánimo os quiere tanto que no vacila en prestaros la noble punta de su legendaria nariz, para que cortéis con ella las páginas de vuestros libros.

(1) Véase PINOCHO, núm. 30.